



*Bean*



## EL INSURGENTE DON PEDRO ELIAS BEAN

1783 - 1846

Por EDUARDO ENRIQUE RIOS.

*Nacimiento.—Russell Bean y Andrew Jackson.—Viaje a Natchez.*

*Philip Nolan.—Expedición a Texas.*

En el pintoresco Estado de Tennessee de la vecina República del Norte, hay una villa que hace más de un siglo era aún más pequeña de lo que ahora es; se llama Jonesboro y es cabecera del Condado de Washington, está situada 280 millas al este de Nashville, la capital, y en un punto hermosísimo y fértil.

Allá por el año de 1798, eran vecinos de la humilde villa, el padre de D. Pedro Elías Bean, éste y un tío paterno suyo llamado Rusell. El primero comerciaba en productos de la región, y este último era armero. Pedro Elías, nuestro héroe, vino al mundo en 1783, y aunque no hemos logrado averiguar si precisamente en Jonesboro, que es lo más probable, sabemos que su madre fué casada dos veces, pues hijo de ella fué el capitán William Shaw, autor de unas Memorias que el historiador H. Yoakum aprovechó para escribir su Historia de Texas. (1)

De todos modos, los Bean son célebres en la historia del Tennessee. William Bean fué el primero, entre los primeros colonos de aquellas tierras, que en 1769 construyó su cabaña a orillas del Watauga; (2) y Russell, del mismo apellido, y a quien antes hemos mencionado, fué el primer niño de raza blanca que nació en Tennessee. Séanos permitido transcribir aquí lo que de él dice el historiador John Allison en su obra titulada: "Dropped Stitches in Tennessee History". Refiere lo siguiente: (3)

(1) Yoakum. Historia de Texas. Vol. I, p. 237.

(2) The New International Encyclopedia, artículo TENNESSEE.

(3) Debo estas noticias a la gentileza de Mr. M. Liston Lewis, de la Biblioteca Carnegie de Nashville, Tenn.

"Russell Bean no sólo se distinguió por haber sido el primer niño de raza blanca que nació dentro de los límites del actual Tennessee: dícese que fué el más perfecto tipo de hombre en todo el país, sin rival por su fuerza, actividad y resistencia físicas, y absolutamente exento de temor. Era también un ingenio: de oficio armero, cuéntase que podía fabricar más implementos de guerra y otras cosas útiles, con menos herramientas, que cualquier hombre conocido en aquel tiempo y en aquella región. Llegado que hubo a la edad viril, marchó a Connecticut; de allá trajo, a su regreso al mundo occidental, un cargamento de las que entonces eran modernas herramientas y refacciones, con las cuales estableció una especie de fábrica de armas, etcétera.

"En un bote de fondo plano, que había sido construído bajo su personal dirección, embarcó rifles, pistolas, puñales y otras cosas manufacturadas por él, y se fué, solo, por el río Nullichucky hasta el Tennessee, de éste pasó al Ohio, y luego al Mississippi, por el que navegó hasta Nueva Orleans, en donde permaneció cerca de dos años ocupado en jugar carreras a pie, peleas de gallos y otros deportes de aquella época.

"Cuando volvió a Jonesboro, encontró a su esposa —que era hija del coronel Charles Robertson y le había dado varios hijos— criando un niño. Su seductor, decíase, era un comerciante de la población, llamado Allen. Bean, sin decir nada, abandonó su casa, embriagóse, volvió, sacó de la cuna al niño, y, con la mayor sangre fría, le cortó las orejas hasta cerca de la cabeza, diciendo "que lo había marcado para que no se mezclase con sus hijos." Arrestáronlo —prosigue Allison—, y estando la corte en sesión, fué juzgado, condenado por crueldad inhumana, y sentenciado, a más de otros castigos, a que se le marcara en la palma de una mano. Hízose así; pero él, inmediatamente, arrancóse de un mordizco la parte de la mano que había sido marcada, y la escupió. Pusieronlo en la cárcel, mas pronto escapó y pudo andar prófugo porque todos los oficiales le temían. Poco después, su mujer obtuvo el divorcio; pero él estaba decidido a dar muerte a Allen, y súpose que en varias ocasiones anduvo espíandolo. Mas como no hallara oportunidad para vengarse de él, buscó pendencia con su hermano, al que asaltó y golpeó despiadadamente. Por ello fué acusado; pero hasta el día en que Jackson (Andrew) ocupó el sillón de la corte, los oficiales no habían podido arrestarlo, o, más bien, no habían querido hacerlo. Ellos informaron al juez Jackson, que no podían arrestar a Bean porque andaba armado por los alrededores de su cabaña, situada al sur de la población; y que cuando estaba en su casa, sentábase en la puerta, con su rifle y un par de pistolas sobre las piernas, desafiando el arresto y amenazando con matar al primero que se acercase a su cabaña. Tal fué el informe rendido en sesión de la corte al juez Jackson, quien inmediatamente ordenó: "Notifíquese a todos los individuos de este tribunal, y tráigase a Bean aquí, vivo o muerto." A lo que el comisario, con un mal humor que le honra, respondió: "Entonces, al primero que yo notifico es a Su Señoría!" Inmediatamen-

te, Jackson abandonó el sillón, exclamando: "Por Dios que lo traeré" y lo hizo. Halló a Bean sentado en la puerta como le habían dicho los oficiales. Acercóse pistola en mano seguido a respetable distancia por la multitud. Cuando estuvo a tiro de fusil, Bean se levantó y en alta voz dijo: "Me rindo a usted, D. Demonio!" y tiró sus armas. Condújolo Jackson a la sala de la corte, en donde lo juzgaron e impusieronle fuerte multa. . . "Russell Bean era de elegante aspecto y modales atractivos. Era no sólo un ingenio, sino también, "bien leído" para aquellos tiempos, y en su viaje a Connecticut y en Nueva Orleans, había recogido muchos informes relativos a otras naciones y sus asuntos. Pudo haber sido un líder pero impidiéronselo sus defectos y peculiaridades." Hasta aquí el juez Allison.

Este incidente entre Russell Bean y el que andando el tiempo llegó a ser Presidente de los Estados Unidos, tuvo lugar, al decir de los historiadores, allá por los años de 1798 ó 99, y cuando Jonesboro era, como casi todas las villas situadas al oeste de las montañas Alleganias, asilo de gente aventurera y emprendedora, de comerciantes y emigrantes de la Carolina del Norte y Virginia, hombres decididos a todo, y que fueron los que abrieron el camino del dorado Oeste, y dieron nombres a los arroyos, a las cumbres y a los amenos valles.

Nuestro biografiado, en sus años pueriles no oyó hablar sino de aventuras, descubrimientos, combates con los indómitos indios; recreáronse sus ojos en las feraces tierras que por luengos siglos habían sido el paraíso de las bestias salvajes de Norteamérica, y entonces lo eran de los cazadores sajones e indios cherokees. Cuántas veces no oiría referir las aventuras de Daniel Boon, el cazador que en 1770 levantó la primera cabaña en las solitarias y verdes montañas de Kentucky, y vivió allí "sin pan, ni azúcar, ni sal, ni tan siquiera un caballo o un perro:" (1) y cuántas otras no oiría contar de las incomparables bellezas del camino que había que seguir para llegar al fuerte Natchez, situado allá muy lejos, a orillas del majestuoso Mississippi. De seguro que todo esto despertó en él grandes deseos de conocer y correr mundo: "Conocer otro país —dice— era todo mi anhelo."

De cómo transcurrieron sus primeros años, nada dice en sus muy divertidas y poco conocidas Memorias que escribió por el año de 1816 y se publicaron cuarenta años más tarde. Dichas Memorias principian en 1800, cuando tenía diecisiete años; y podemos asegurar, sin miedo a equivocarnos, que ya para entonces era diestro en la fabricación de pólvora, construcción de armas de fuego y blancas, y todo hace suponer que estos conocimientos los adquirió en el modesto taller de su tío Russell que, como hemos visto, era el más hábil y bello de los armeros del Tennessee.

---

(1) Boon's Autobiography. George Bancroft, History of the United States, Vol. V. Cap. XLI.

Por lo que hace a su educación escolar, ésta fué pobre, pobrísima, él mismo ingenuamente lo confiesa: "Diéronme —dice— una educación vulgar, y tal como podía impartirse en un lugar fronterizo". (1) Pero hora es ya de que lo sigamos en sus aventuras.

A mediados del último año del siglo XVIII, su padre, que como en otro lugar se ha dicho, era comerciante, vióse precisado a enviar a Natchez, a la sazón capital del territorio de Mississippi, un cargamento de harina y whiskey. Bean quiso llevarlo, su padre accedió, y así que hubo acondicionado una barca y puesto en ella efectos y provisiones, él y otro joven, un tal John Word que también llevaba mercancía a Natchez, hiciéronse al remo, o quizás a la vela, por el río Nullichucky. De éste pasaron al caudaloso Tennessee, y dejando atrás las entonces nacientes poblaciones de Knoxville y Chattanooga, recibiendo continuas y gratas impresiones entraron a lo que hoy es Estado de Alabama. Ya íbanse acercando al difícil paso de "Muscle Shoals," como se llama a la serie de rápidos del Tennessee, que desde Decatur hasta Florence en Alabama, pasan por sobre multitud de rocas calizas. Hoy en día es fácil la navegación por aquel punto, gracias a un canal que el Gobierno de los Estados Unidos mandó abrir junto a la ribera izquierda del río, y a una línea férrea recorrida incesantemente por locomotoras de remolque; pero en aquel entonces todo quedaba a la pericia de los pilotos.

Bean y su compañero, arrastrados por la impetuosa corriente, fueron a estrellarse contra una de las rocas: cayeron al agua, la barca quedó inservible, y sólo salvaron un baúl con ropa de Bean. Este no dió gran importancia a lo acaecido, y como en Natchez residían parientes suyos, no se preocupó, antes daba por seguro que con ellos tendría albergue, y dinero para regresar a su casa. Su compañero, que no se hallaba en el mismo caso, decidió volver a Jonesboro; y habiendo pasado poco después del naufragio un bote en el que una familia se dirigía a Natchez, nuestro héroe lo abordó, dijo adiós a John Word, y con sólo cinco dólares reanudó aquel accidentado viaje.

Ignoramos el tiempo que empleó navegando por el Ohio y el Mississippi, pero llegó, según nuestros cálculos, a principios de agosto, a la antigua y pintoresca ciudad de Natchez, situada en la margen izquierda de este río, que tiene allí 1,300 metros de ancho.

Sólo un día permaneció en Natchez, luego se fué con unos tíos suyos que tenían una propiedad en el campo, a doce millas de la ciudad.

Dos semanas después de su arribo enfermó; muy cerca de él anduvo la muerte, pero se salvó, y durante su convalecencia hizo amistad con el famoso aventurero irlandés Philip Nolan, (2) audaz contrabandista que desde 1785 comerciaba con españoles de San Antonio de Bé-

---

(1) Memorias. Yoakum. Hist. de Texas, Vol. I, p. 403.

(2) Memorias. Yoakum. Op. cit., Vol. I, p. 404.

jar, (1) y que tres años antes había estado al servicio del famoso conspirador James Wilkinson. Este perverso general, cuya historia es bien conocida, en carta fechada en Natchez el 6 de febrero de 1797, decía al Gobernador de la Luisiana: (2)

"La presente le será entregada por Nolan, quien como usted sabe, es un muchacho que yo mismo he formado, fiel a su profesión y firme en su adhesión a España. Lo considero un poderoso elemento en nuestro poder por si llegare la ocasión. Respondo de su conducta. Estoy vivamente interesado en todo lo que a él se refiere, y confidencialmente lo recomiendo a la más celosa protección de usted.—Suyo afectuoso *Wilkinson*.

Hase dicho también, que Nolan, además de valiente, era culto y estaba familiarizado con las ciencias geográficas; y quien esto afirma, (3) igualmente asegura que Nolan levantó el primer mapa de Texas, el cual presentó, a la vuelta de su primer viaje a dicha provincia, al barón de Carondelet, Gobernador general de la Luisiana y Florida Occidental. Pero lo que a nosotros ahora interesa, es que invitó a Bean para que lo acompañara a San Antonio de Béjar, a donde tenía pensado ir en octubre de aquel año. Este, que no deseaba otra cosa, aceptó gustoso; y pasado algún tiempo, un día en que casualmente sus tíos estaban ausentes, Nolan llegó por él. Acompañábanlo varios jóvenes aventureros, todos ellos a caballo. Sin pérdida de tiempo, Bean ensilló el suyo, y desobedeciendo a su tío que habíale prohibido todo trato con Nolan, marchóse con él a Natchez, de donde poco después debería partir la expedición a la lejana provincia de Texas.

Según el historiador William Kennedy, la expedición sólo tenía por objeto la captura de caballos salvajes, aunque —agrega— "suponíase que su jefe abrigaba la secreta intención de hacer descubrimientos en las (reputadas) regiones auríferas de los comanches."

"Sea lo que fuere, lo cierto es que Philip Nolan tenía bien andado el camino y no temía al Comandante de las Provincias Internas, quien, celosísimo en el cumplimiento de su deber, y con clara visión del peligro que para la entonces Nueva España significaba la presencia de aventureros norteamericanos en la provincia de Texas, solía decir: "Si en mi mano estuviera, yo impediría que los pájaros volasen a través de la línea divisoria entre Texas y los Estados Unidos". (4)

---

(1) Ob. cit., p. 111.

(2) *Annals of Congress*. Yoakum, Op. cit., Vol. I, p. 133.

(3) J. A. Quintero, citado por Bancroft. *History of the North Mexican States and Texas*, p. 8.

(4) Mary Austin Holley. *Texas*, p. 8; y William Kennedy. *Texas*. Vol. I, p. 237.

## *De cómo Bean llegó al castillo de San Diego de Acapulco*

Al conocimiento de Vidal, comandante de Concordia, había llegado la noticia de que Nolan hacía preparativos para expedicionar en la Luisiana y Texas. Y es cosa averiguada, que cuando éste, Pedro Elías Bean y demás gente que con ellos iba, llegaron a dicha ciudad, ya Vidal había pedido a las primeras autoridades del territorio el inmediato arresto de todos ellos. Tanto el Gobernador Withrop Sargent, como Peter B. Bruin, de la Corte Superior de Justicia, procedieron a dejar satisfechos los deseos de Vidal, y el último de los funcionarios mencionados libró orden de arresto en contra de Nolan. Aprehendido éste, fué llevado a la Corte; y preguntado acerca de lo que se decía pensaba hacer, respondió que era cierto que iba a pasar a la provincia de Texas y, diciendo esto, mostró un pasaporte que en uno de sus anteriores viajes había obtenido de D. Pedro de Nava, Comandante de las Provincias Internas. (1) Entonces los jueces, por unanimidad, lo absolvieron y dejaron en completa libertad, por cuyo motivo él continuó en sus preparativos de marcha, importándole muy poco lo que Vidal dijera. Este, inconforme con el fallo del tribunal, decidió por otros medios malograr los planes del audaz aventurero, y al efecto, escribió al Comandante del fuerte Washita, situado a orillas del río de este nombre, poniéndolo al tanto de lo acontecido, para que procediera a atacar a Nolan cuando con sus hombres se presentase por aquel punto. (2)

Por su parte éste, enterado de las providencias de Vidal, salió de Natchez en octubre de 1800, al mando de un grupo formado así: 14 eran norteamericanos, 5 mexicanos o españoles, y un negro. (3)

En un lugar llamado Walnut Hills (Nogales), cruzaron el caudaloso Mississippi y tomaron rumbo al Oeste a través de los pantanos del río, hacia el Washita. Y habían caminado unas cuarenta millas en esa dirección, cuando encontraron a cincuenta españoles bien armados y montados, que habían salido del fuerte Washita para atacarlos y hacerlos prisioneros, pero que al fin, ni lo uno ni lo otro hicieron. Bean asegura que por miedo, y dice además, que habiendo ellos preguntado a los españoles el motivo de su presencia en aquel lugar, respondieron: que andaban buscando a unos indios choctaw que habían robado unos caballos. Conformáronse, pues, los españoles, con pasar varias veces frente a los expedicionarios, y así que hubiéronlos observado muy minuciosamente, tomaron la resolución de volver al fuerte, en el que hicieron guardia toda la noche de aquel día, suponiendo que Nolan ignoraba sus propósitos. "Ya tenían —dice Bean— montados sus cañones para recibirnos;

---

(1) Yoakum. Hist. de Texas. Vol. I, Cap. X, p. 111.

(2) Memorias del Cor. Bean. Yoakum. Op. cit. Vol. I, p. 405.

(3) Bancroft. The North Mex. States and Texas. Cap. I, p. 6.



pero nosotros, dejando al Sur la población, continuamos hacia el Oeste con rumbo al río Rojo."

Así fué, y a la mañana siguiente cruzaron el Washita y echaron a andar por la deshabitada llanura que media entre este río y el Rojo. En mitad de su camino hallaron un monte, y como observaran que en él había muchos venados, decidieron acampar allí varios días. Dedicáronse a la caza, y habiendo sido ésta abundante, reuniéronse para nuevamente ponerse en marcha.

A poco de haber dado principio a ella, echaron de ver que faltaban tres de sus compañeros: Mordecai Richards, (1) Jhon Adams y John King. En vista de ello, volvieron al monte, y después de varios días de inútiles esfuerzos, optaron por reanudar su camino, suponiendo que los extraviados, al verse solos, regresarían a Natchez, como en efecto sucedió.

Y después de rodear por el Norte el lago Bistineau, (2) a los cinco días de haber dejado el monte, arribaron al viejo pueblo de Caddo, en la margen izquierda del río Rojo; no se detuvieron allí sino el tiempo preciso para construir una balsa en la que pasaron el río —sus caballos hicieronlo a nado—, y prosiguieron hasta llegar a una grandísima pradera en la que vieron muchos búfalos, y encontraron a unos indios twowokanaes que los recibieron amigablemente y les vendieron algunos caballos de los muchos excelentes que tenían. Seis días después de esto, llegaron al río Trinidad y lo pasaron fácilmente porque a la sazón arrasaba un caudal muy mediano, y así que hubieron atravesado la llanura que junto a él se extiende, hallaron un manantial, al cual ellos dieron el nombre de "Manantial pintado," porque "los indios comanches y pawnee —dice Bean— habían pintado la roca más alta de él, con motivo de un tratado de paz concertado allí por ambas tribus."

Hasta allí la marcha había sido más o menos penosa, pero no habían carecido de buenos alimentos, ni habíales faltado leña; pero desde que se alejaron del manantial viéronse obligados a usar como combustible, estiércol seco de búfalo, y como alimento, carne de caballo salvaje.

Sólo esto comieron durante nueve días, y al cabo de ellos arribaron al río Brazos, en cuyas fértiles riberas encontraron muchos alces, no pocos búfalos, y millares de hermosos caballos.

Lo ameno del lugar los decidió a construir allí unos corrales, y así que hubiéronlos terminado, dedicáronse a coger potros, a cazar venados y otros muchos animales que entonces, en mayor proporción que ahora, poblaban las inmensas praderas texanas.

---

(1) Kennedy asegura que Mordecai era espía de los españoles y que su hijo Stephen era el que acompañaba a Nolan (W. Keenedy. Texas. Vol. I, pp. 237-238). Bean no menciona a Stephen.

(2) Yoakum, Hist. de Texas. Vol. I, cap. X, p. 112.

Tres meses emplearon en la travesía, de Natchez en Mississippi al río Brazos de Dios en Texas. Esto lo sabemos por el mismo Bean, quien, refiriéndose al día en que dejó la casa de sus tíos, dice: "...di principio a mi viaje de tres meses." (1) Así pues, habiendo salido en octubre de 1800, llegó al Brazos en enero de 1801.

\* \* \*

Días más tarde, y cuando en sus corrales tenían cientos de caballos, recibieron la visita de un grupo de apaches, y con ellos fueron a la confluente sur del río Colorado, donde Nicoroco, jefe de aquella tribu, tenía su campamento. Permanecieron allí treinta días, y durante ellos hicieron amistad con cuatro o cinco tribus indias que estaban de paz con la apache.

Bean, refiriéndose a los usos y costumbres de estos indios, dice:

"Algunos llevaban agudas flechas con punta de pedernal, otros llevábanlas de cobre. Los que éstas usan, viven todavía en estado primitivo y buscan su vida en algunas montañas, que corren, del río Missouri, a través del continente, hasta el Golfo de México"... "Estos hombres colorados no tienen pueblos, sino que vagan por estas inmensas llanuras llevando consigo sus tiendas y vestidos hechos de piel de búfalo. No cultivan la tierra y dependen tan sólo de la caza. Anualmente se reúnen con su jefe principal en la confluencia salada del río Colorado, y allí hacen fuego que luego extinguen, para encenderlo nuevamente en el mes de junio cuando empieza luna nueva; y con frecuencia emigran a lugares más propicios para ejercer la caza. En donde se reúnen existen lagos salados, de tal manera cubiertos de sal, que pueden tomar la que deseen y en cualquier cantidad." (2)

Concluída su visita a Nicoroco, volvieron a su campamento en unión de doce apaches, los que después de varios días se ausentaron llevándose once caballos. En vista de ello acordaron perseguirlos, y como todos los caballos que tenían eran cerriles, Nolan, Bean, David Fero y tres más, salieron a pie, y después de nueve días de búsqueda por la llanura, hallaron a los indios ladrones y recuperaron sus caballos.

Cuando volvieron a su campamento, encontráronlo muy en orden, pues durante su ausencia, que fué de trece días, sus compañeros habían reparado los corrales para que en llegando ellos principiase la cacería y perseguiamiento de potros. Pero esto no lo hicieron ya, porque cuatro días después, el 21 de marzo, a eso de la una de la mañana, presentáronse en los corrales ciento cincuenta soldados españoles, enviados por D. Juan

---

(1) Memorias. Yoakum. Op. cit., Vol. I, p. 404.

(2) Memorias. Op. cit., p. 406.

Bautista Elguézabal comandados por el subteniente D. Miguel Múzquiz, y guiados por algunos indios del pueblo de Nacogdoches. (1)

Por primeras providencias, rodearon el campamento, hicieron prisioneros a cinco españoles y a un norteamericano encargados de la vigilancia de los caballos, sacaron éstos, y, cuatro horas después, sin haber cruzado palabra con los aventureros, abrieron fuego contra ellos. Nolan, viéndose así tan repentinamente atacado y sin cabalgaduras para huir, apresuradamente dictó algunas disposiciones para resistir: atrincheráronse todos tras las bardas del corral, y empezaron a disparar sus armas; pero diez minutos después, Nolan cayó sin vida atravesado en la cabeza por una bala de mosquete. Creíanse los españoles victoriosos; pero Bean, inmediatamente, a pesar de que era el más joven, tomó el mando; y poco después, viendo Múzquiz que el fuego de sus contrarios no cesaba, empezó a enviarles metralla con un cañoncito que a lomo de mula había llevado; pero así y todo no logró, en el término de cuatro horas, hacer que se rindieran; y a las nueve de la mañana, viendo Bean que era imposible resistir más tiempo, y que eran ya dos sus heridos, propuso avanzar y apoderarse a viva fuerza del cañón que tanto daño les causaba. Pero al darse cuenta que flaqueaba el ánimo de sus compañeros, ordenó la retirada por las bardas traseras del corral; y mandó que todos ellos llenaran de pólvora los cuernos y dieran la sobrante al negro César. Hiciéronlo así y empezaron a salir en buen orden. Eran once, contados los heridos.

Salieron a un llano, y llegado que hubieron a una cañada, César se detuvo y entregó a los españoles las municiones. Esto no obstante, los demás siguieron batiéndose en retirada, y aunque poco después uno de los heridos también se entregó, los demás prosiguieron, y con tan buena suerte, que a pesar del encarnizado seguimiento que les hacían, no tuvieron ya ningún herido ni muerto hasta llegar a una profunda barranca, en la que bien dispuestos aguardaron sin soltar un tiro; pero al ver que sus enemigos se acercaban, hiciéronles otra vez fuego obligándolos a retroceder.

A raya los mantuvieron hasta las tres de la tarde, hora en que los españoles izaron bandera blanca, y Múzquiz envió a un norteamericano que lo acompañaba, a conferenciar con Bean. Supo éste que el subteniente deseaba que volviese con sus compañeros a los Estados Unidos, pero escoltado por sus hombres. El estuvo de acuerdo, pero siempre y cuando les dejaran sus armas, a lo que Múzquiz accedió, y, una vez puestos de acuerdo, custodiados y custodios volvieron a los corrales, y allí Bean dió sepultura al cuerpo del valiente Nolan; mas antes de que lo

---

(1) Bean dice que fueron atacados el día 22 de marzo, y Múzquiz asegura que el 21. Nosotros aceptamos esta última fecha, que aceptan Bancroft y otros historiadores. (Véase Bancroft. "The North Mexican States and Texas., Cap. I, p. 6, nota 14.)

hiciera, Múzquiz hizo que sus hombres cortaran al cadáver las orejas, para enviárselas al Gobernador de la provincia, como prueba de que sus órdenes habían sido fielmente cumplidas. (1)

A otro día juntos todos tomaron el camino de Nacogdoches. Cuando llegaron al río Trinidad lo hallaron muy crecido, tanto, que hizo indispensable una canoa, y como no la había, Bean, ayudado por sus compañeros, la hizo de varas secas de álamo, y en ella pasaron primero los soldados, dejando en la orilla derecha a Múzquiz, a Bean y sus dieciséis compañeros, así como todas sus armas y bagajes. Este último tuvo entonces una brillante idea: tomar algunas municiones, arrojar las otras y las armas al río, y huir. Pero su audaz proposición no fué bien acogida, sólo a uno que otro de sus compatriotas entusiasmó; pues casi todos dijeron que no era honrado obrar así, y precisamente cuando los iban a enviar a sus hogares. "Aquellos infelices dieron crédito a promesas de españoles" —dice Bean. Y agrega: "Gente es esa en la que no debería uno creer ni depositar ninguna confianza." Ya veremos si tuvo o no razón para expresarse así.

Pasado que hubieron el Trinidad, y más tarde el Natchez y el Angelina, llegaron al risueño pueblo de Nacogdoches. Allí Múzquiz les dijo que sólo esperaba órdenes del general de Nava que se hallaba en la ciudad de Chihuahua, para llevarlos a la frontera de los Estados Unidos. Pero pasó una semana, un mes, y un buen día, sin más ni más, metieronlos a todos en la cárcel, cargaronlos de pesados grillos, y en tan lamentables condiciones los llevaron a San Antonio de Béjar.

Noventa días pasaron aherrojados en la cárcel de aquella ciudad, luego llegaron órdenes para su traslado a la capital del virreinato; y custodiados por algunos hombres al mando de un oficial inhumano y desconsiderado, pusiéronse en marcha.

Cuando llegaron a la bella ciudad de San Luis Potosí, fueron nuevamente encarcelados, sólo que allí estuvieron dieciséis meses. "Ya para entonces —dice nuestro biografiado—, carecíamos de ropa y dinero, y para procurármelo dije que era zapatero y solicité licencia para ejercer este oficio durante el día y diariamente en la puerta de mi celda. Concediéronnos esta gracia al joven Charles King y a mí, y con esto ganamos algún dinero." (2)

Transcurrido el tiempo que hemos dicho, el Comandante de las Provincias Internas ordenó que fueran trasladados a la ciudad de Chihuahua, en donde de acuerdo con las leyes debería juzgárseles por el grave delito de haber pasado a dominios de su Católica Majestad sin su especial licencia. Dicha orden cumpliósese prontamente, y encadenados

---

(1) Diario de Múzquiz. Texas Almanac. Sept. 1860, p. 63.

(2) Memorias. Yoakum, Hist. de Tex. Vol. I, p. 409.

y a caballo salieron rumbo al Saltillo. "Con todo —dice Bean refiriéndose a su traslado—, para nosotros era un consuelo pensar en el cambio de prisiones, pues abrigábamos esperanzas de hallar uno u otro día, oportunidad de evadirnos en una de aquellas mudanzas." (1)

No todas habrían de ser penas: en el Saltillo fueron puestos bajo la vigilancia de otro oficial de más humanos sentimientos que aquél que los había conducido desde San Antonio de Béjar. Este otro se dolió de ellos, y su bondad fué tanta; que ya en camino para Chihuahua les quitó los grillos y dió licencia para que anduvieran a sus anchas durante el largo recorrido. "Podíamos ver con entera libertad —dice nuestro personaje— todo aquello que a lo largo del camino y en los pueblos del tránsito llamaba nuestra atención; y podíamos entrar en ellos y verlo todo, y hablar con los habitantes. Y observamos que en todas partes vivían juntos españoles e indios, pero todos en buena paz y amistad. Fueron amabilísimos con nosotros, y nos obsequiaron fruta, vestidos y dinero." (2)

Todo esto hizoles suponer que pronto recobrarían su libertad. Y en efecto, seis días después de su arribo a Chihuahua, fueron juzgados y puestos en libertad; pero condicional. No podían salir de la población, y estaban obligados a presentarse diariamente, a la oración de la noche, en los cuarteles de tropa.

Poco después, algunos obtuvieron licencia para trasladarse a otras poblaciones; pero Bean no solicitó aquella gracia, convencido de que allí mismo encontraría manera de ganarse el pan; y como era honrado y trabajador, no faltó quien le brindase ayuda, que bien merecía, pues sólo contaba con veinticinco centavos diarios que el Gobierno le daba.

Un caballero vecino de la población, le prestó dinero para que instalase un taller de sombrerería. Bien pronto hizo popular, y todos en la ciudad, dice, "preferían los sombreros del americano." No sólo en Chihuahua era ya conocido, también en las villas cercanas tenía buenas amistades, y el negocio dióle lo bastante para en poco tiempo pagar sus deudas, contratar jornaleros y hacer algunos ahorros.

Cuatro años estuvo así, y al cabo de ellos decidió marcharse a los Estados Unidos. Con esa mira solicitó licencia para ir a una población cercana a Chihuahua, y cuando la obtuvo, dejó a una persona al frente de su negocio y partió. Llegado que hubo a ella, compró cuatro caballos, rifles y pistolas; pero desgraciadamente, cuando ya estaba todo listo para su evasión, fué delatado por uno de sus compañeros, y después de tres meses de cárcel volvió a Chihuahua.

Cinco años hacía que estaba bajo la vigilancia de las autoridades; ya había perdido toda esperanza de ayuda por parte del gobierno de su país, pues cuenta que habiendo sido presentados sus casos al Presidente

---

(1) Memorias. Op. cit., Vol. I, p. 409.

(2) Op. cit., p. 409.

Jefferson, éste dijo que los juzgasen de acuerdo con las leyes de España. "Esto denotaba en él —comenta— poco humanitarismo y compasión, dejándonos a merced de una nación más bárbara para con sus prisioneros que los mismos Argelinos"... "Yo creo que Mr. Jefferson era gran amigo del Príncipe de la Paz, que entonces era el que mandaba en toda España por el favor de su muy amada reina que lo había elevado al rango de príncipe, de soldado que era."

Días después de su arribo a Chihuahua, solicitó del general Salcedo permiso para trasladarse a Nuevo México, esperanzado en que allí podría fugarse con los indios comanches. Equivocado estaba al pensar que en Santa Fe descuidaban a los presos. Allí estaba Salomón Cooley, compañero suyo, y no la debe haber pasado muy bien, pues cuando en 1806 estuvo en aquella población el famoso explorador norteamericano Zebulón M. Pike, Cooley, con lágrimas en los ojos, salió a encontrarlo y a pedirle que por favor no lo olvidara cuando volviese a los Estados Unidos. (1)

Pero Bean, a pesar de haber obtenido licencia para ir a Nuevo México, no llegó allá, porque a medio camino lo devolvieron a Chihuahua, donde nuevamente fué encadenado y encarcelado. Igual suerte corrieron sus compañeros; conforme llegaban a Chihuahua los ponían en una misma celda.

En la más grande incertidumbre pasaron una semana, y al fin de ella recibieron la visita de dos clérigos, quienes les dijeron que iban a confesarlos. Esto aumentó su congoja, pero ninguno se confesó aquel día. Al siguiente varios lo hicieron, pero no Pedro Elías, que dijo tener tantos pecados, que necesitaba cuatro o cinco días para recordarlos, y quizá no le bastarían. Ese mismo día tuvieron noticia de que iban a ahorcar a uno de ellos, y pusieronse a pensar quién sería la víctima; y a la mañana siguiente, los mismos clérigos se presentaron acompañados de un Coronel, el cual, en presencia de todos, dió lectura a un real decreto que mandaba fuese ahorcado un prisionero por cada cinco que hubiera. Pero como sólo nueve habían sobrevivido a tantos sufrimientos, el juez de la causa, con loable piedad, decidió que una víctima era suficiente, y queriendo que la suerte la señalase, ordenó que en el centro de la celda se pusiera un tambor, un vaso y un par de dados; que a todos se les vendaran los ojos, y fueran, uno a uno, echando los dados sobre el parche del tambor, y el que tirase el número menor sería ahorcado. Hizose

---

(1) Pike's Expedition, p. 218. Con el capitán Pike estuvo detenido en Santa Fe el Dr. don Juan Hamilton Robinson, que en 1815 estuvo al servicio de los insurgentes. Pike vió y habló en la ciudad de Chihuahua con el negro César y con David Fero, compañeros de Bean. Fero había sido abanderado en el regimiento que, en los Estados Unidos, comandaba el padre de Pike, y debido a esta circunstancia, éste compartió con Fero el dinero que llevaba. Para poder hablar con Pike, Fero se fugó de San Gerónimo, en donde estaba preso. (Pike's Exp., pp. 247 y 440. Yoakum, Hist. de Tex., Vol. I, págs. 134-135.)

así, y he aquí los nombres de quienes echaron los dados, y los números que cada quien tiró: Efraín Blackburn tiró 4; Luciano García, 7; José Reed, 11; David Fero, 8; Salomón Cooley, 11; Jonás Waters, 7; Carlos King, 7; Pedro Elías Bean, 5; Guillermo Danlin, 7. (1)

El joven Efraín Blackburn que tuvo la desgracia de tirar el número más bajo, fué sacado de la prisión rodeado de sacerdotes, y al día siguiente, el 11 de noviembre de 1807, ahorcado públicamente en la Plaza de los Urangas. (2)

Cinco días después, Bean, David Fero, Salomón Cooley, Guillermo Danlin y Luciano García, escoltados por veinticinco hombres, emprendían la marcha a la capital del Virreinato.

Cuando a ella llegaron, los pusieron en el patio de una cárcel, donde, dice nuestro biografiado, "había, entre negros y mestizos, como trescientos prisioneros." Pero sólo ocho días permanecieron allí, y luego los llevaron a Acapulco, "que es una ciudad y puerto —dice Bean— al que arriban las naves que vienen de las Indias Orientales. Está bien fortificada. El castillo, que es de piedra, tiene como cien cañones del mayor calibre y unas paredes de doce pies de espesor." (3)

A este castillo, que es el de San Diego, llegó nuestro aventurero a principios de 1808, e inmediatamente fué alojado en una obscurísima y estrecha celda. En aquella sazón, gobernaba puerto y fortaleza el capitán D. Antonio Carreño, a quien Bean aborreció por lo mucho que lo hizo sufrir.

### *El Insurgente*

Largo y aun fastidioso resultaría el relato de los muchos padecimientos de nuestro biografiado durante su prisión en el histórico castillo de San Diego. Esto nos obliga a entrar de una buena vez a lo que consideramos más interesante: su incorporación al ejército insurgente. Nos serviremos de sus propias palabras. Dice así:

"En tanto que esperaba un barco que me llevara a Manila, tuvo lugar una revolución en México, que había declarado su independencia. Desarrollábase con gran fuerza la revolución. El gobierno español estaba convirtiendo a los presos en soldados, entre éstos contábanse ya mis cuatro compañeros.

"Como una semana después de que todos los presos, excepto yo, habían sido convertidos en soldados, un hombre fué a verme y me preguntó, que si sacándome de allí los ayudaría a pelear. Díjele que sí. Fué

---

(1) Informe del inspector ayudante, publicado en "The Texas Almanac." Sept. de 1868. pp. 63-64. Bancroft's Works. Vol. XVI, Cap. I, p. 8.

(2) "The Texas Almanac." Bancroft. Op. cit.

(3) Memorias. Yoakum. Hist. de Tex., Vol. I, p. 419.

entonces a ver al Gobernador, y le dijo, que habiendo sido yo tan afortunado en mis intentos de fuga, sería un buen soldado, y pidióle permiso para sacarme de donde estaba. Otorgólo él, y me sacaron de mi pequeña celda; quitáronme los grillos y me dieron una pistola y una espada. Hallábame pues, en buenas condiciones para la guerra. Sin embargo, las tropas republicanas estaban a no menos de trescientas millas de distancia."

Sigue diciendo, que por espacio de quince días cumplió bien con su deber, y que cuando algunos soldados le interrogaron sobre el objeto de la revolución, él les dijo que todos los nativos deberían unirse a ella, "pues los republicanos intentaban libertar a su país del gobierno del Rey de España, para ser ellos dueños de su propia patria, de la cual los españoles habíanse apoderado como trescientos años antes; que también intentaban arrojar del país a los europeos, y entonces los nativos serían generales y coroneles y todas las riquezas vendrían a ser suyas."

Cuatro días después, para conocer la opinión de sus cuatro compañeros que habían venido de Natchez, les habló de la revolución, y ellos le dijeron que cometía una locura al hablar de aquello, pues si lo llegaban a saber lo ahorcarían. El les dijo que todo era una broma, y no volvió a mencionarles el asunto.

"A la mañana siguiente —prosigue— tuvimos orden de embarcarnos y desembarcar en un lugar llamado Marqués, a cinco millas de Acapulco. Cuando lo hubimos hecho, Coseo (Cosío), el oficial en jefe, solicitó voluntarios para ir río arriba en busca del sitio en que Morelos se hallaba.

"Seis españoles europeos, uno de mis compañeros llamado Guillermo Danlin y yo, ofrecimos nuestros servicios, y cuando hubimos recibido órdenes, nos pusimos en marcha. Caminaríamos como tres millas río arriba, y cuando llegamos a una casa en que había muchas gallinas, los españoles dijeron que ellos tenían que coger algunas; entonces les dije, que mientras lo hacían yo me adelantaría en busca del enemigo, y estuvieron de acuerdo. A poco andar vi un grupo de voluntarios patriotas. Me retiré a un lado del camino y no lograron verme. Cuando se acercaron dime cuenta de que era gente que había estado de servicio en el fuerte, por lo cual me conocía. Habléles y se alegraron mucho, y me dijeron que sabían no habría yo de pelear contra ellos. Luego les dije que en la casa de abajo estaban seis españoles, y con ellos Guillermo Danlin, a quien ya conocían; que podían ir y hacerlos prisioneros. En efecto, hiciéronlo así y no escapó uno solo. Quedéme atrás con uno de los patriotas, el cual, de acuerdo conmigo y para que los demás vieran que estaba preso, atóme fuertemente. Inmediatamente después de esto fuimos llevados al campamento de Morelos, quien tenía allí cerca de ciento cincuenta hombres y como veinte fusiles viejos y rotos. Dijéronle quienes éramos, y entonces nos dijo que deseaba le ayudásemos en la lucha.



Yo dije que a eso había ido, y que era republicano. Entonces, señaló los veinte fusiles y un cañoncito, y nos mostró como seis libras de pólvora, que, a pregunta que le hicimos, dijo ser toda la que tenía. También nos dijo que tenía como una libra de salitre y dos de sulfuro, pero que entre su gente no había quien supiera convertir aquello en pólvora. Le dije que yo lo sabía hacer; y puse a unas mujeres a que molieran aquello en las piedras en que muelen el maíz para el pan, y por la noche todo estaba listo para ponerlo a secar.

“Informamos a Morelos, que antes de nuestra captura estaban con nosotros como doscientos hombres bien armados, los que, probablemente, irían a buscarnos al día siguiente, por lo que, si él iba a un lugar en que el camino corría cerca de una laguna, y se emboscaba tras las piedras, y desde ese lugar les hacía fuego, era posible que los obligase a retroceder.

“Al amanecer del día siguiente, Morelos y sus hombres marcharon al lugar designado, y antes de que los realistas se dieran cuenta de su presencia, les hizo fuego, les mató a dos y obligólos a huir. Hallábame aquel día secando la poca pólvora que había hecho; y viendo las malas condiciones en que nos hallábamos para abrirnos camino adelante, dije a Morelos, que volviendo al campamento realista lograría conseguir que setenta hombres de las tropas del Rey desertasen para irse conmigo. Díjome entonces, que confiaría en mí, y me recomendó que marchase fingiendo que había logrado escapar.

“Como todos los que conmigo habían sido detenidos, excepto Guillermo Danlín y yo, estaban presos, ambos salimos aquella misma noche, aun cuando él ignoraba en lo absoluto mis planes. Como a las diez de la mañana del día siguiente llegué a mi antiguo cuartel (en el que había sufrido tanto tiempo), con el propósito de tomar venganza de todas mis pasadas penalidades; mas si mi plan hubiese sido descubierto, no hubiera vivido ni dos horas. Recibiome el oficial del Rey, y una vez más diéronme armas y un vestido nuevo completo, el cual llegó muy a tiempo pues estaba yo casi desnudo. Preguntáronme qué fuerza tenía Morelos, y dije que como mil hombres bien armados. El oficial del Rey decidió no atacarlo por entonces, hasta no disponer de una fuerza más respetable. Yo le dije aquello para detenerlo en tanto que arreglaba mi plan.

“Como diez días después, llegaron noticias de que un coronel llamado Parras (Paris) avanzaba con una fuerza como de cuatrocientos hombres, y que debíamos unirnos a él en el paso de la Sabana, distante algunas millas del sitio en que Morelos hallábase acampado con su pequeña fuerza. Marchamos pues en número de trescientos, y nos incorporamos a Parras (sic), con lo cual nuestro número ascendió a setecientos. En el transcurso de unos diez días deberían incorporárenos otros trescientos hombres, y, con toda esa fuerza, deberíamos atacar a Morelos. Durante todo este tiempo no había enviado a éste noticia alguna.

"Algunos de nosotros fuimos enviados a cazar garzas blancas, cuyas plumas servían para distinguir a nuestros hombres que, por ser voluntarios, carecían de uniforme. Yo, desviándome del camino, me dirigí a una casa en la que hallé a dos mujeres cuyos esposos estaban con Morelos. Con ellas envié a éste un recado indicándole que, al día siguiente, debería enviar a un hombre de confianza a verse conmigo en aquella misma casa, y así tendría noticias mías. Aquella noche hablé con el sargento que antes había expresado deseos de ir conmigo, para advertirle que estuviera listo a mi llamado, y dijo que sí, que estaría.

"A otro día, cuando salí a cazar más garzas, fui a buscar y hallé al individuo enviado por Morelos. Encomendéle decir a éste, que tres noches después de aquel día enviase a todos sus hombres a una vieja casa situada como a media milla de nuestro campo. Hechos estos arreglos, volví al campamento.

"Llegó la noche. Los setenta hombres que convinieron en pasarse a los republicanos, lograron seducir a un grupo de los que hacían servicio de vigilancia.

"Como a las siete de la noche abandoné el campo realista, y llevando conmigo a Mariano Tovaes (Tabares) y a Juan de León, marché al sitio en que debería encontrarme con los hombres de Morelos. Estos llegaron como a las once de la noche comandados por Julián de Avila. Su número ascendía a quinientos veintisiete, de ellos treinta y seis solamente estaban armados de fusiles viejos, los demás tenían lanzas, arcos y flechas, y algunos había que no tenían sino palos. Aquella noche decidí morir o quedar vengado. La seña y contraseña era, que cuando uno gritase "¿Quién vive?" el otro debería contestar "¡Silencio!"

"El campamento realista estaba a la orilla del río. La artillería —cuatro piezas— teníanla montada en lugar prominente de la orilla, apuntando hacia el río, cuyas aguas llegarían a un hombre a la altura de la rodilla, y junto a la artillería hallábanse apostados unos doscientos soldados regulares.

"Más allá del campamento cruzamos el río, y por él anduvimos hasta llegar frente a los cañones. Luego subimos a tierra, dimos muerte al centinela, nos apoderamos de los cañones y volvimos sus bocas hacia el campamento. A los regulares cogióles todo esto tan de sorpresa, que se rindieron sin resistencia.

"El resto del ejército realista llegó a todo correr inquiriendo lo sucedido. Para entonces habíanse armado ya nuestros patriotas con los fusiles de los regulares, y a casi todos nuestros enemigos los hicimos prisioneros, matando sólo a tres de ellos. Tomámosles quinientos veintiséis prisioneros y todas sus armas y municiones. El coronel Parras (sic), sin uniforme y sin sombrero, montó un caballo en pelo y escapó.

"Al día siguiente, cuatrocientos prisioneros —en realidad, todos los nativos—, se unieron a nuestra bandera, con lo cual, en una sola noche habíamos logrado hacernos respetables por nuestro número y armamento.

Los trescientos hombres que debieron haberse unido a los realistas, acamparon aquella noche a seis millas de nosotros; pero habiendo tenido noticias del encuentro, por algunos que lograron escapar, levantaron el campo y emprendieron la retirada para ponerse a salvo, y no hicieron alto hasta llegar a Huacaca (Oaxaca), ciudad situada en la costa del Pacífico. (Sánchez Pareja, que mandaba esta fuerza, fué quien corrió hasta Pinotepa del Rey de la Provincia de Oaxaca; pero seguramente que entre los insurgentes túvose por cierto que había ido a hacer alto hasta la ciudad de Oaxaca).

"Cuando al día siguiente (cinco de enero de 1811) —prosigue Bean—, como a las nueve de la mañana, llegó el General Morelos al campo de batalla, todos estábamos en movimiento con nuestros cañones y prisioneros, y de imaginarse es el feliz encuentro que tuvimos.

"De allí marchamos al paso de la Sabana, lugar que decidimos fortificar. Empezóse el trabajo, pero a poco hubo de suspenderse debido a la escasez de dinero para el pago de nuestra gente." (1)

\* \* \*

En seguida nuestro biografiado cuenta las cosas como no sucedieron, dice, por ejemplo, que la conspiración del castellano Carreño y de su ayudante Pepe Gago, para dar muerte a Morelos y a sus tropas, so pretexto de entregarles el castillo, ocurrió mucho después de que una parte de esas mismas tropas entraron a la ciudad de Acapulco; siendo así que, como es bien sabido, lo primero tuvo lugar el 8 de febrero de 1811, y lo segundo el día 14 del propio mes y año. Agréguese a esto, que da como cosa cierta que Morelos fué primero a Chilpancingo, y de allí regresó a Acapulco porque había recibido una carta en la que se le proponía la entrega del castillo.

No hay razón para suponer que Bean haya dicho esto de mala fe; pues con variar el orden de los acontecimientos no ganaba fama. Veamos cómo refiere la traición de Gago:

"El General Morelos visitó mi campamento y me mostró una carta que había recibido del castillo. Esta decía que habían entrado en una conspiración para entregarnos la fortaleza; que en determinada noche, y como señal, subirían una linterna a lo más alto del asta-bandera. Morelos entonces, debería marchar con sus hombres y formarlos a setenta yardas de la fortaleza, y, hecho esto, enviar a una persona para que se supiera que él estaba allí, con lo cual todas las puertas se abrirían, se bajarían los puentes, y se rellenarían con sebo los respiraderos de los cañones.

"Al General Morelos le agradó el plan y la idea de apoderarse del fuerte. Yo le dije que el plan no me gustaba, porque si una vez formados

---

(1) Memorias. Yoakum, Hist. de Texas. Vol. I, pp. 432-437.

los soldados en el lugar designado, apuntaban sobre ellos los cañones del fuerte, aquello no sería sino una conspiración para matar a nuestros hombres.

"Oh, no, eso no podría ser" —dijo él. Y yo afirmé que no podría ser el caso, pero que en cualquier tiempo era peligroso confiar en un enemigo. Dijo que deseaba llevar a cabo la empresa, y entonces le expresé, que si tomaba yo parte prefería hacerlo a mi modo y no de acuerdo con los planes que ellos tenían. Dejélo entonces a mi cargo para que lo hiciera en la forma que me pareciera más conveniente.

"Como una hora antes del amanecer nos dieron la señal. Hice marchar a mis hombres hacia la puerta del lado opuesto al fuerte, y mandé aviso de que estábamos listos. Ellos, con anterioridad, habían colocado cincuenta piezas de artillería cargadas de metralla ¡como para barrer el lugar en que debieron haberse formado nuestros hombres!

"Abrieron el fuego que continuó como un terremoto durante treinta minutos. Nosotros, en tanto, que esto sucedía, nos retirábamos en la obscuridad, al paso y sin peligro, por el otro lado del fuerte. Ellos, cuando llegó la luz del día, pensaron encontrar la tierra cubierta de "insurgentes," como nos llamaban; pero sólo hallaron arrancado el pasto. Al día siguiente pregunté al General Morelos qué pensaba del plan. Dijo que Dios nos había protegido." (1)

De la entrada a la ciudad de Acapulco, dice:

"Yo propuse el asalto a Acapulco, dado que el fuerte había sido construído para defender la bahía, y sus cañones no alcanzaban a la ciudad. Esto tuvo la aprobación del General; y muchos hombres de nuestras filas se ofrecieron para ir conmigo.

"Nuestra entrada la hicimos de noche, y, cuando hubimos arrojado del hospital a la pequeña guardia que lo custodiaba, la ciudad fué nuestra. Nos apoderamos como de ocho mil pesos en efectivo y treinta mil en mercancías, lo cual vino a poner nuestro campo en magníficas condiciones." (2)

Algo dice del combate de la Sabana, aunque no es muy exacto en la fecha; y de la acción de Chichigualco en la que fué herido, cuenta lo siguiente:

"Entre ambas tropas había una profunda barranca. Yo la atravesé con trescientos hombres, pasando por sobre un tronco de árbol, y no habiéndose apercebido el enemigo, caí sobre su retaguardia. Al instante entraron en confusión y empezaron a huir. Sus oficiales, ni por un momento trataron de reunirlos, pues todos huyeron. Nuestras tropas, como mejor pudieron pasaron la barranca, y los perseguimos y dispersamos por espacio de seis millas. Todas sus municiones y piezas de artillería cayeron en nuestro poder. Iba con nosotros gran número de indios me-

(1) Memorias. Yoakum. Op. cit., Vol. I, p. 439.

(2) Memorias. Op. cit., Vol. I, p. 437.

xicanos que perseguían y asesinaban a quien lograban dar alcance. Acerquéme a ellos y les urgí que hiciesen prisioneros y cesasen de matar. Como a veinte yardas de donde yo estaba, hallábanse en aquellos momentos dos enemigos míos personales. Acerquéme a ellos y les ordené que se rindieran: uno se echó sobre mí, y con su espada me hirió fuertemente en el muslo derecho. En un instante nuestros indios mexicanos lo hicieron pedazos. Lleváronme mi caballo y marché al campamento, pero cuando a él llegué, mi bota estaba llena de sangre; no sentía mucho dolor, mas estaba débil y me desmayé.

"A la mañana siguiente marchamos a Chilpancingo sin hallar oposición. Allí nos informaron que el enemigo marchaba, de la Mistaco (Mixteca) en la costa del Pacífico, para Acapulco. El General Morelos me envió con cincuenta de caballería a observarlos." (1)

Como seis días después de haber llegado al Veladero, supo, por una mujer vecina de Acapulco, que el gobernador, en persona, se dirigía a batir a cien insurgentes, que al mando de D. Juan Alvarez se hallaban en un lugar de la costa conocido con el nombre de el Bejuco, a nueve millas del Veladero. Inmediatamente salió a auxiliarlos, llevando doscientos hombres y dos cañones.

Tres días después de haberse reunido con Alvarez, sus avanzadas informaron que el enemigo se acercaba. Bean se parapetó en una loma rocallosa situada sobre el camino. En seguida hizo salir veinticinco hombres a dar batalla, con órdenes de retirarse luego sin precipitación. Hicieronlo así; y a los realistas los obligaron a llegar tan cerca de la trampa, que casi todos perecieron o quedaron prisioneros, y entre otros, el gobernador de Acapulco Carreño, que tanto tiempo había tenido encadenado a Bean, quedó gravemente herido, y éste, compadecido, lo mandó al castillo, donde poco después murió. (2)

Después de lo anterior, Bean volvió a Chilpancingo, donde, de orden de Morelos, estableció una modesta fábrica de pólvora. "Como en el país —dice—, había grandes cantidades de salitre, y yo era el único que entendía de la manufactura de pólvora, establecí un molino de pólvora. El sulfuro lo obteníamos de una mina cercana a Chilpancingo. Las indias molían los materiales en sus metates, y yo hacía la pólvora." (3)

Que esto es verdad, lo sabemos por el capitán don Felipe Benicio Montero, quien, refiriéndose a las providencias que Morelos dictó después de su entrada a Tixtla, dice: "...se les dió igualmente forma militar alas compañías y se comenzo a tratar de su diciplina, é igualmente de polbora que se mando traer del rumbo de tierra caliente, la que aunque inferior en sumo grado, siquiera servía para cuando el enemigo qui-

(1) Memorias. Op. cit., Vol. I, p. 438.

(2) Memorias. Op. cit., p. 439.

(3) Op. cit., p. 440.

ciese echarse sobre el parapeto, o a medio tiro de fucil que hera lo mas que abansaba, la que se trato de fabricar en Chilpancingo por el anglo Americano D. Elias, Capitan de una compañia en aquel tiempo, daba mas esperansas pues era sujeto que entendia perfectamente el veneficio con que se fabricava este articulo, pues logro aser alguno de muy buena calidad, pero la falta de material no le permitio hacer la suficiente, pues todo era escaso en el paiz, y lo poco que se conseguia hera con mil dificultades." (1)

Como es bien sabido, Morelos sali6 de Tixtla en agosto de 1811, dejando all4 una guarnici6n de 104 hombres a cargo de D. Hermenegildo Galeana y D. Miguel Bravo, y se dirigi6 a Chilpancingo con objeto de asistir a las fiestas "de toros y de iglesia" que all4 iban a celebrarse el 15 de agosto, con motivo de la titular que es la Asunci6n de la Virgen. El alboroto fu6 tal, dice D. Carlos Ma. de Bustamante, que una buena parte de la guarnici6n de Tixtla se escap6 para asistir a ellas.

Enterado de esto el capit6n Juan Antonio Fuentes, que se hallaba en Chilapa, march6 el mismo d4a 15, con cerca de 1,500 hombres a atacar Tixtla, pues sab4a que la corta guarnici6n que all4 se hallaba, carec4a de p6lvora.

Bean, que fu6 quien proporcion6 a Morelos la p6lvora que sirvi6 para derrotar a Fuentes, dice: " En un lugar llamado Textla (Tixtla), como a seis millas de Chilpancingo, D. Miguel Bravo fu6 atacado por el enemigo, el cual, aunque acamp6 en sus posiciones, fu6 derrotado por Bravo. Aquella noche nos escribi6 inform6ndonos de su situaci6n y falta de municiones. Toda la noche trabajamos en nuestra f6brica, y a la mañana siguiente, Morelos le envi6 ciento cincuenta libras de p6lvora, y march6 en su auxilio llevando consigo a seiscientos de nosotros.

"Atacamos al enemigo por un lado, por otro nuestros amigos, y lo derrotamos completamente, tom6ndole cuatrocientos prisioneros, tres cañones, y todo su bagaje y municiones. Hall6base entre los prisioneros el individuo que hab4a escrito entregar4an el castillo. Cuatro d4as despu6s le dimos muerte." (2)

El historiador Bustamante elogia la actividad de Bean, cuando dice: "Los americanos se vieron sin parque y perdidos, ocurrieron a Morelos y tampoco lo ten4a, pues aunque en Chilpantzinco hab4a planteado una f6brica de p6lvora, era poca, estaba h6meda e inservible. Con grandes apuros se pudo secar una corta cantidad al calor de la lumbre en comales esponiendose a incendiar el anglo-americano Elias Bean, y se di6 por muy satisfecho enviando el gran socorro de quince paradas de cartuchos." (3)

---

(1) Relaci6n. Morelos. Documentos in6ditos y poco conocidos. Vol. III, p. 92.

(2) Memorias. Yoakum, Hist. de Texas., Vol. I, p. 440.

(3) Cuadro Hist6rico de la Revoluci6n Mexicana, tomo II, p. 13.

Igual elogio hace de él el Capitán Montero, a quien antes hemos citado, "...se empeñó mucho el Anglo americano D. Elias —dice—, y toda la polbora que tenía reunida umeda y la que fabrico en el dia, la puso a secar en comales echos de varro, y despues de calentarlos al fuego la seco en ellos, de modo que quando amanecio, estaban echos serca de 60 paquetes de cartuchos para fucil, y algunos paquetes para tres piezas de Artiyeria que se debian Yevar consigo, con cuya probicion marcharon los auxiliantes al mando del mismo general y D. Leonardo Brabo para Tixtla por un camino que conducia ala espalda de los enemigos." (1)

Derrotado en Tixtla, Fuentes huyó a Chilapa, de donde salió porque supo que Morelos se dirigía a atacarlo.

Este entró a la población, y en ella halló dos cañones y bastantes municiones.

No pasaremos adelante sin recordar el trágico fin de David Fero, compañero de Bean que con éste había venido desde Natchez. Fero, al igual que Pedro Elías y Guillermo Danlin, habían desertado de las tropas realistas para unirse a los insurgentes. En agosto de 1811, Morelos lo comisionó para que en unión de Mariano Tabares (mismo que hemos visto figurar en la sorpresa de Tres Palos), pasase a los Estados Unidos a entablar relaciones con aquel gobierno; pero habiendo encontrado a Rayón en el pueblo de la Piedad, éste los hizo volver a Zitácuaro, de donde regresaron a Chilapa con los empleos militares que Rayón les confirió, y que fueron de brigadier a Tabares y de coronel a Fero. Morelos no quiso, y con razón, reconocerles aquellos grados, y ellos, descontentos, pasaron con algún pretexto a Chilpancingo, y de allí a la costa, con intenciones de fomentar una revolución. Cuando llegaron al cerro del Veladero, pusiéronse de acuerdo con un tal Mayo que estaba bajo las órdenes de D. Julián de Avila, comandante militar de aquel punto; y a poco este insurgente fué sorprendido por Mayo, quien se hizo dueño de las tropas del Veladero. Tabares y Fero pusieron en movimiento algunos pueblos de la costa, y asegúrase que tenían intenciones de hacer una horrorosa matanza de blancos, personas decentes y propietarios, comenzando por el mismo Morelos. Prendieron al intendente D. Ignacio Ayala y lo llevaron a Tecpan; pero tan luego como Morelos tuvo noticia de estos desmanes, púsose en marcha hacia el Veladero, y llegado que hubo allí, repuso a Avila en el mando, hizo prisioneros a Tabares y a Fero, y engañándolos con que iba a darles el mando de una expedición contra Oaxaca, los llevó a Chilapa, donde los hizo degollar secretamente. El encargado de la ejecución fué D. Leonardo Bravo. Pero volvamos a Bean.

---

(1) Relación. Morelos. Documentos inéditos y poco conocidos. Vol. III, pp. 94 y 95.

Según se desprende de sus Memorias, mientras Morelos marchó a Tlapa, Chiautla, Izúcar, Cuautla, Taxco, Tenancingo, Cuernavaca y volvió a Cuautla, él permaneció en Chilpancingo haciendo pólvora y preparando armamento. "Morelos se dirigió a Cuautla Amilpas —dice—, lugar que decidió fortificar. Mientras esto tenía lugar, yo proporcionaba parque para un sitio de seis meses." (1) Y luego agrega: "Los jefes de los patriotas habían convenido en que Morelos debía resistir un sitio a fin de hacer salir de México a todos los realistas. Rayón, Cos, Vedisco (¿Verduzco?) y Bravo acercáranse a los sitiadores, por fuera; y en tanto que lo hacían, Morelos saldría de la población, y en esa forma, con una victoria completa, seríamos dueños absolutos de México. Los otros oficiales patriotas, viendo encerrado a Morelos, no avanzaron como estaba convenido, sino que lo dejaron padecer trabajos y hambre, hasta que vióse obligado a abandonar la población, lo cual efectuó de noche, abriéndose paso por entre los sitiadores, con pérdida de poca gente, pero de todos sus cañones y municiones.

"Durante los dos meses de este sitio yo había salido con setenta hombres a proteger Chilpancingo y a proveer municiones. Como mi guardia era corta, vime obligado a huir a Choltepec (sic), lugar distante cuarenta millas de Chilpancingo. Durante este tiempo había fabricado como dos mil libras de pólvora y reparado algunos cañones viejos, todo lo cual fué muy útil a Morelos cuando se retiró de Cuautla." (2)

Ignórase en qué preciso lugar se unió a Morelos después que éste salió de Cuautla; pero sí sabemos que con él estuvo en la toma de Huajuapán, donde el heroico guerrerense D. José Valerio Trujano se había defendido de las tropas realistas, desde la madrugada del día 11 de abril de 1812, hasta las primeras horas de la mañana del 23 de julio del mismo año, en que D. Miguel Bravo atacó, sin éxito, las posiciones realistas al Norte de la población.

Tomada ésta en la tarde del mismo día 23, Morelos permaneció en ella 14 días, y luego marchó a Tehuacán. Bean lo siguió y estuvo con él en Orizaba, en la acción de las Cumbres de Acultzingo, otra vez en Tehuacán, y luego emprendió la marcha a la ciudad de Oaxaca. "Cuando llegamos a los hermosos valles de Oaxaca —dice—, intimamos rendición a los ocupantes de la ciudad, y negáronse a ello. A otro día, temprano, emprendimos el ataque, y en dos horas nos hicimos dueños de la ciudad y de muchos bienes pertenecientes al Rey y a los realistas, los que mucha falta nos hacían. Asimismo adquirimos una rica provincia que produce grandes cantidades de cochinilla." (3)

---

(1) Memorias. Yoakum. Hist. de Texas. Vol. I, p. 440.

(2) Memorias. Ob. cit. Vol. I, p. 440.

(3) Memorias. Op. cit., p. 441.



\* \* \*

Hallándose Morelos en la ciudad de Oaxaca, donde tan acertadas disposiciones dictó para la buena marcha del gobierno así político como militar, nombró a Bean, Administrador de Fábricas de Pólvora, cargo que desempeñó con eficiencia.

Aunque éste afirma que de Oaxaca salió con Morelos para Acapulco; que asistió al sitio de aquel puerto y tuvo parte muy principal en la toma de la isla de la Roqueta, nos resistimos a creer que dice la verdad, porque hay documentos que demuestran que cuando Morelos y sus capitanes andaban muy ocupados en Acapulco, él se hallaba en la ciudad de Oaxaca, de donde creemos no salió sino hasta poco antes del 29 de marzo de 1814, que fué cuando el coronel realista Melchor Alvarez la ocupó.

El siguiente informe del entonces teniente coronel D. Manuel de Mier y Terán, Comandante del cuerpo de artillería, nos dice que el 10 de julio de 1813, Bean estaba en Oaxaca. "Estado que Manifiesta la existencia de Pólvora e ingredientes que existen en el parque y Fábrica de esta ciudad.

	Pólvora en Granel	Azúfre	Salitre
	Gruesa 14 ar.		
En el Parque	Delgada 56		
Fábrica.	Gruesa 63	259 en 40 caxas	115
	<u>133</u>	<u>259</u>	<u>115</u>
Total . . .	133	259	115

NOTA—323 @ de Pólvora existen en las Lavores del Parque en forma de Pertrechos mayor y menor, 112 @ se han consumido en surtir a las divisiones y cantones foraneos desde el mes de Enero hasta la presente fecha.

OTRA—Según me ha informado el Administrador de Fabricas D. Pedro Elias en Huajuapán hay cien arrobas de salitre.

Oaxaca 10 de julio de 1813—Manuel de Mier y Terán." (1)

Asimismo sabemos, que el 3 de agosto del mismo año, asistió a la junta que para elegir al quinto vocal de la Suprema Junta Nacional Americana, tuvo lugar en la catedral de aquella ciudad, pues figura en la lista de asistentes, con el grado de Mayor y título de Ingeniero, y fué de los que firmaron el Acta capitular de dicha Junta. (2) En marzo de 1814, D. Juan Moctezuma y Cortez, Comandante de Oaxaca, decia a D. Car-

(1) Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia. Hernández y Dávalos. Doc. N<sup>o</sup> 38.

(2) Morelos. Documentos inéditos y poco conocidos, volumen II, pp. 47-53.

los Ma. de Bustamante: "... desde luego le digo que la poca lei de la polvora la he reclamado por oficios y vervalmente desde que entre de comandante de esta plasa, en la que se esta trabajando se ha puesto todo el esmero posible hasta estrechar a Don Pedro Elías me la traiga a casa para provarla." (1)

Y en el Diario de Operaciones de D. Ignacio Rayón, hallamos lo siguiente: 1814 Marzo "Día 4- A D. Pedro Elías Bearn (sic) para que represente al señor intendente y comandante de Oajaca; que hagan observar el bando sobre moneda, para que los gastos del salitre puedan sufragarse, se le dice tambien que active y perfeccione la fábrica de salitre." (2)

En abril de este mismo año ya encontramos a Bean en Cuicatlan, Oaxaca. "En tres días llegué a Cuicaclan (sic) —dice—, y allí me informaron que el general Rayon se hallaba en Tentaclan del Camino (Teotitlan del Camino), distante de allí nueve millas solamente. Esto me animó bastante, pues era consolador saber que los de mi pequeña fuerza no eran los únicos republicanos en el mundo. Monté y marché tan velozmente como era posible, aun cuando casi todas mis mulas de carga estaban muy cansadas. Mas para mi gran sorpresa, cuando llegué a Tentaclán (sic), Rayon había dejado la población el día anterior y ascendido por una montaña a un lugar llamado San Pablo Solaclan. Me detuve allí aquella noche, y a la mañana siguiente recibí noticias de que el General realista Avio (Hevia) marchaba hacia aquel lugar, esperando encontrar allí al General Rayon. Preciso era defenderme o correr.

Mis mulas todas estaban rendidas, y luego, para escapar del enemigo, tenía que hacerlo subiendo la montaña por las afueras de la población, dejando en ella mis municiones."

Luego dice que escribió a Rayón pidiéndole refuerzos, asegurándole que con ellos fácilmente podría derrotar a Hevia, y hecho esto, ambos podrían dirigirse sin ningún peligro a Tehuacán. Pero Rayón le contestó, que abandonara el lugar y salvara lo que pudiera, que él no le enviaría auxilio. "Comensé, pues, a cargar y despachar mis mulas —dice indignado—, debiéndose todo esto a la falta de valor de Rayon, que había huido del enemigo antes de mi arribo. Había empezado a hacer mis bultos, con mis arrieros —no con mis soldados—, y había enviado en dirección del enemigo una avanzada, la cual volvió con la noticia de que este llegaría aquella noche.

"Volví a Teotla (sic) y conseguí cuarenta hombres para reforzar mis doscientos. Hallábase conmigo el capitán Simón Méndez, en quien tenía gran confianza. Pensé que primero vería qué fuerza tenía el enemigo, y si podía atacarlo, lo haría, retirándome en caso contrario. Habíasenos

---

(1) Hernández y Dávalos. Documento N<sup>o</sup> 177.

(2) Op. cit., Dic. N<sup>o</sup> 177.

informado que su fuerza era de mil hombres. Mis mulas habían salido ya; no contaba con artillería, y sólo tenía un pequeño howitzer. Porque la población estaba sobre una bella colina, podía observar los movimientos que, a distancia de media milla, hiciese el enemigo. Cuando estuvo a la vista observé que tenía como trescientos hombres de caballería, doscientos infantes y un cañón. Salí a orillas de la población, a un arroyuelo de altos bordes. Aposté allí a cincuenta tras una altura que impedía los viera el enemigo. Tan luego como la caballería descubrió mi avanzada, cargó sobre ella. Detuviéronse algo en el arroyo, y les hice dos disparos. Luego, mi avanzada retrocedió a mi línea principal, situada en la cima de la loma. Allí le dimos tal tunda a la caballería, que retrocedió e informó a su infantería —que no llegó al lugar del combate—, que mi fuerza era de dos mil hombres. Entonces retrocedieron todos, y aquella noche se retiraron a Coscaclan (Coscatlan), dejándome tranquilo en Tentaclan (sic).

“Así que el General Rayon tuvo noticia de mi triunfo, vino en mi auxilio, cuando ya no lo necesitaba. Fuime con él a San Pablo Coscoclan, y entonces quiso que militase yo a sus órdenes. Nunca hasta entonces lo había visto. Puse en conocimiento de mis hombres los deseos de Rayon, y ellos me dijeron que podía hacer lo que creyera conveniente, pero que si aceptaba no me seguirían más. A mi me desagradaba ir con él, porque sabía que siempre, en cualquier peligro, me dejaría la pelea.” (1)

Separóse, pues, de Rayón, y dos días después recibió una carta del General Morelos en la que éste, entre otras cosas, le decía, que pasara a los Estados Unidos a la mayor brevedad posible, “y viera si podía organizar una expedición para llevarla contra la provincia de Texas, y que, si era posible, hiciese arreglos para provisión de armas.” (2) Pero su situación entonces, como él mismo dice, era angustiosa. Había salido de Oaxaca con dos mil pesos, y sólo quedábanle quinientos, pues el resto lo había empleado en equipar a sus hombres. “Sabiedo —dice—, que en los Estados Unidos podía hacer mucho con dinero, y nada sin él, estaba afligido.

“En Tehuacan había algunos patriotas ricos. Por eso, habiendo dejado mis hombres al mando del Capitán Méndez, fuí a verlos y les hice saber mi situación. Como allí me conocían y el General Morelos era muy estimado, me dijeron que la gente colectaría para mí, en unos cuantos días, la mayor cantidad de dinero. Esto me tranquilizó. Como diez días después, supe que los ciudadanos habían reunido diez mil pesos.

“Tan pronto como pude, marché a Huatusco, donde había estacionados cincuenta patriotas. De este lugar continué mi viaje a Puente del Rey, y allí encontré al General Victoria y a un individuo llamado Ansu-

---

(1) Memorias. Yoakum. Hist. de Texas, Vol. I, p. 446.

(2) Memorias. Op. cit., Vol. I, p. 446.

res (sic). Con ellos estuve una noche y seguí para Nautla, población situada en la costa. Este lugar hallábase entonces bajo el mando de un negro llamado Philipia (¿Felipe?)." (1)

1814 — 1818.

Nadie ignora que en septiembre de 1814, el mariscal don Juan Pablo Anaya pasó a los Estados Unidos con objeto de entablar relaciones con aquel gobierno y conseguir auxilios para la revolución; pero lo que no se había dicho, es que Bean pasó de orden de Morelos a aquel país, en el mismo mes y año; que él y Anaya estuvieron en la batalla de Nueva Orleans contra los ingleses; que Bean, como Anaya, se embarcó en Nautla, y aunque no sabemos si en el mismo barco —que creemos que sí—, es verdad que ambos se fueron con los piratas de Jean Lafitte, que a bordo de la goleta "El Tigre" arribaron a Nautla el 19 de junio de 1814.

Veamos.

Bean llegó a Nautla con setenta y cinco hombres a principios de este mes y año. Cinco días después de su arribo divisó, no muy lejos de la costa, una goleta; él y sus hombres hicieron toda clase de señales para que se acercara, pero sólo consiguieron que se detuviera y enseñara su bandera, que era la de Cartagena. Al atardecer de ese mismo día, la goleta enfiló rumbo a Veracruz. Dos días más tarde, asomaron por la costa dos velas; con un buen anteojo, Bean pudo distinguir dos navíos, uno de ellos el que había salido dos días antes. "Cuando hubo llegado frente a nosotros —dice—, izó nuevamente la bandera que antes había enseñado. Yo no poseía sino piraguas grandes, y no quería aventurarme mar adentro, porque ignoraba si la goleta era realista." (2)

En eso estaba, cuando la otra embarcación, que era inglesa, se acercó a la goleta y empezó a cañonearla. Ella hinchó sus velas y empezó a dar vueltas alrededor del bergantín inglés, y a poco le derribó de un cañonazo el palo mayor. Este envió dos botes a abordar la goleta, pero uno fué hundido y averiado seriamente el otro. Poco después, el bergantín recogió a sus naúfragos y se alejó, y lo mismo hizo la goleta. (3)

Bean dice que ésta "era de una compañía de corsarios comandados por Lafitte;" que se llamaba "El Tigre," y que venía al mando del capitán francés Dominic. Pues bien: dos días después del combate entre

---

(1) Op. cit., p. 447.

(2) Memorias. Yoakum, Hist. de Tex., Vol. I, p. 447.

(3) Op. cit., Vol. I, p. 447.

las embarcaciones, una mujer dió aviso a Elías, de que seis millas costa arriba, y muy cerca de la playa, estaba una goleta sin mástiles y con mucha gente a bordo. Bean pensó que eran realistas que habían salido del puerto de Tampico con objeto de atacarlo, y apresuradamente púsose en marcha con su pequeña fuerza para ver si podía impedir su desembarco; mas grande fué su sorpresa al ver que se trataba de "El Tigre," cuya tripulación se había embriagado y había echado la goleta sobre un banco de arena. Por los de a bordo supo que en Veracruz los españoles habían prometido al capitán del bergantín inglés dos mil pesos si los capturaba. Olvidábamos decir, que el día anterior Pedro Elías había encontrado abandonada en la boca del río otra goleta, pequeña, pero con algo de harina y carne seca, y dice por ello muy ufano: "Este fué el primer barco que tuvo la nación Mexicana." (1)

Ahora bien: a esta pequeña goleta, que Bean hizo llevar hasta donde estaba "El Tigre," se trasladaron los tripulantes de esta embarcación, Bean y sus hombres, y juntos todos se fueron a Nautla, remolcando, seguramente, al barco pirata en el que, entre otros aventureros, vino el llamado general Humbert, que tanta fama adquirió por haberse hecho pasar como general del ejército de los Estados Unidos, enviado por el gobierno de aquel país para tratar sobre los medios de coadyuvar a la independencia mexicana.

El 20 de junio de 1814 desembarcó Humbert en Nautla, y el 22 del mismo mes, el P. franciscano Fr. José Antonio Pedroza daba de ello aviso a D. Ignacio Rayón, en estos términos:

"... Instruido en sus buenas intenciones, y que quería marchar al instante a verse con V. E. y con S. A. S. el señor Morelos, y así mismo al ver que muchos de la Tripulación del dicho Barco son criollos (los soldados de Bean), y aun uno de ellos que há vivido en este pueblo, y ultimamente al cerciorarme que el día antes habian hechado a pique una Goleta de Tuxpan que iba para Veracruz con Arina y pilon, les acogí, se les dio entrada y los hé obsequiado. La embarcación se llama el Tiguerre, su Capitan Dominies con 125 de Tripulación, con tres mil @ de Pólvora." (2)

Rayón, que se hallaba en Zacatlán, luego que recibió la carta de Pedroza, lanzó aquella proclama que el historiador Alamán cree fué redactada por D. Carlos Ma. de Bustamante, y que, entre otras cosas, decía: "... nuestros generosos vecinos, sí, conciudadanos; nuestros generosos vecinos del Norte, altamente convencidos de la justicia de nuestra lucha, no han podido desentenderse de los esfuerzos y constancia con que cuatro años ha, la hemos mantenido vigorosos, y como palpan cada día

---

(1) Op. cit., p. 448.

(2) Hernández y Dávalos. Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia, Doc. N° 276.

los bienes inapreciables de la libertad, no quieren paz con la Europa hasta afianzar la independencia de nuestro dilatado continente. Con tan gloriosa mira, arribó el 19 de Junio a la barra de Nautla la embarcación Tigre, cuyo capitán Mr. Dominik, condujo en ella al plenipotenciario Embert, general de aquellos ejércitos..." (1)

El mismo Rayón mandó luego al intendente de Puebla a recibir al supuesto enviado; pero D. Juan Nepomuceno Rosains, enemistado con Rayón por cuestiones de mando, se adelantó y envió a D. Juan Pablo Anaya a recibirlo. Así pues, juntos Anaya y Humbert pusieron en marcha para San Andrés, donde Rosains los esperaba. Mas como el coronel realista Francisco Hevia, que seguía los movimientos de Rosains, se acercara a San Andrés, este jefe tuvo que huir al pueblo de San Hipólito, desde donde despachó correos a Anaya y Humbert, previniéndoles no pasasen las cumbres del volcán y se dirigiesen a Quimixtlán. El 2 de julio, Rosains tuvo que abandonar San Hipólito porque lo sorprendieron tropas de Hevia; pero tan luego como llegó a Tehuacán y se fortificó en el Cerro Colorado, citó a Humbert para aquella población. Mas el pirata tuvo miedo, y pretextando que "El Tigre" corría peligro en la costa, volvió a Nautla en compañía de Anaya, quien, con permiso de Rosains y en unión del P. Pedroza, pasó a los Estados Unidos a conseguir armas y municiones.

El 7 de septiembre se embarcaron en Nautla, Humbert, Anaya y Pedroza. (2) Bean dice: "preparamos mi pequeña goleta y en ella embarcamos a cuantos de la tripulación del Tigre pudimos llevar, y en diez días nos hicimos a la vela rumbo a Nueva Orleans." Así pues, o Anaya se embarcó con Humbert en el Tigre, o se fué con el mismo Humbert en la goleta de Bean. D. Carlos Ma. de Bustamante, en carta fechada el 12 de septiembre, decía a Morelos: "El Sr. Humbert se ha embarcado en Nautla con el mariscal Anaya, llevándose todo el pertrecho y armas que había desembarcado, con más, el dinero que Anaya pudo pillar." Y en otra del 19 del mismo mes, refiriéndose a Humbert, le decía: "...se ha embarcado llevándose crecida suma de dinero, juntamente con el que se dice mariscal Anaya, ó canaya," pero sigamos a Bean.

Trece días después de haber dejado la barra de Nautla arribó a la isla Barataria (3) o Grand Terre, como hasta 1810 u 11 se llamó. Esta isla está situada como a sesenta millas de la desembocadura del Mississippi. Por los años de 1810 a 11, empezaron a llegar a ella individuos de todas partes de América y Europa, de pésimos antecedentes casi todos ellos, y que se dedicaban al comercio ilegal y a la piratería. El que en 1814 fungía como capitán en la isla, era Jean Lafitte, el famoso pirata

(1) Alamán, Historia de Méjico. Vol. IV. Doc. N° 3 del apéndice.

(2) Lerdo de Tejada. Apuntes Históricos de la ciudad de Veracruz. Vol. II, p. 125.

(3) Memorias. Yoakum. Hist. de Texas. Vol. I, p. 447.

del Golfo cuya aventurera vida dió tema a Lord Byron para escribir su inmortal poema "El Corsario." Lafitte era nativo de Bordeaux, Francia. Siendo todavía niño, abandonó la casa de sus padres y entró a servir en un navío de guerra británico. Su padre dió con él y lo llevó consigo a Bordeaux; mas el jovenzuelo volvió a escapar y entró a servir en la fragata británica "Fox," de la que poco tiempo después desertó para ir a vivir con una familia francesa a Deptford. Tampoco allí pudo permanecer, y pasó a América. Vivió en Cartagena y en Santa Marta. Allí adquirió una embarcación y visitó las costas de los Estados Unidos, particularmente Charleston, en la Carolina del Sur; pero habiendo dado muerte a un individuo, por cuestiones amorosas, se alejó de aquel puerto y se dedicó a viajar por los mares del Sur.

En 1807, los Estados Unidos decretaron un embargo al comercio extranjero, y esto ofreció grandes oportunidades a los contrabandistas. Nueva Orleans, sobre todo, era un buen mercado; y enterado de ello Lafitte, comenzó a hacer viajes a aquel puerto, teniendo como cuartel general la isla Barataria. En 1813, el Gobernador de la Luisiana, William C. Claiborne, decidió acabar con los piratas de la isla, y el 15 de marzo les ordenó que se dispersaran; pero como no lo consiguió, ofreció quinientos dólares por la cabeza del ya para entonces opulento Lafitte. El pirata contestó ofreciendo quince mil por la del Gobernador, y éste, al ver su autoridad así burlada, envió una compañía de milicianos a Barataria, con órdenes de destruir cuanto allí hubiera. Desgraciadamente, el jefe de los milicianos había sido en otro tiempo capitán de Lafitte. Este lo cargó de regalos, le hizo muchos halagos y lo devolvió a su casa. Supo esto el Presidente Madison, y a principios de enero de 1814 despachó al comodoro Petterson, de la marina de los Estados Unidos, a destruir el establecimiento.

En efecto, el 11 de enero, el comodoro salió de Nueva Orleans con setenta y cinco hombres; en la Balize tomó algunos cañoneros y el navío "Carolina," y el 16 del mismo mes se presentó en Barataria.

Los corsarios tenían allí ocho embarcaciones, todas buenas, y una de ellas con bandera de Cartagena. Salieron a encontrar al enemigo, pusieron en línea de batalla, hicieron alarde de fuerza con sus ochocientos o mil hombres y veinte piezas de artillería; pero cuando vieron decidido al comodoro, abandonaron la isla y fueron a esconderse en los lugares abrigados de la costa. Petterson, después de destruir las casas y bodegas de los piratas, volvió a Nueva Orleans en junio, y Lafitte y sus hombres a Barataria algún tiempo después.

Por las ocupaciones de la guerra que sostenía los Estados Unidos con la Gran Bretaña, los piratas no fueron perseguidos ni molestados; y como disponían de elementos de guerra, los ingleses trataron de ganárselos. El 3 de septiembre de 1814, el capitán Lockyer, comandante del cañonero insignia "Sofía," llegó a Barataria y ofreció a Lafitte el grado de capitán en la marina británica, el mando de una fragata y veinte

mil libras esterlinas, si se unía a las fuerzas de su majestad. Lafitte le pidió un plazo de dos semanas para resolver, y al día siguiente escribió al gobernador de la Luisiana, adjuntándole las proposiciones escritas de Lockyer, y ofreciendo sus servicios a los Estados Unidos, poniendo como única condición el que ni a él ni a sus compañeros se les volviese a molestar.

Así estaban las cosas cuando Bean llegó a Barataria y habló con Lafitte, a quien informó de la comisión que llevaba. Este, entonces, hizo que uno de sus hombres llevara a Bean, por el camino más corto a Nueva Orleans. (1) "Dejé mi goleta al cuidado de Lafitte —dice—, y conseguí que un viejo francés me guiara a través de algunos lagos y me desembarcara en las riberas del Mississippi, nueve millas arriba de Nueva Orleans. Un caballero llamado Hearn me proporcionó un esquife y un negro que me llevó al remo hasta la ciudad. Esto fué en 1814." (2)

No se detuvo sino unos días en Nueva Orleans. "Me dirigí a Natchez —dice—, y de allí a Natchitoches para ver qué oportunidades había de emprender nuevamente la expedición de Bernardo Gutierrez y Toledo. En Natchitoches encontré a muchos infelices mexicanos fugitivos; pero estaban ya desanimados y sin deseos de hacer una segunda tentativa. Como no tenía dinero bastante para organizar una expedición, regresé a Nueva Orleans." (3)

\* \* \*

Grande era la actividad que el general Andrew Jackson desplegaba para poner en estado de defensa a Nueva Orleans, que al parecer era el punto designado para el primer ataque de los ingleses, cuando Bean volvió en los primeros días de diciembre; y aunque hacía más de catorce años que había salido de su país, quiso cooperar a su defensa, y se incorporó como voluntario a la compañía que mandaba el capitán Munsell White, apostada en la bahía de San Juan. Jackson, con el fin de aumentar sus fuerzas, aceptó los servicios de todos los voluntarios y de los piratas de Barataria, quienes le enviaron una considerable cantidad de pedernales.

Nuestro héroe peleó al lado de Lafitte en la batalla del día 8 de enero de 1815, y todo el tiempo que duró ésta, estuvo sirviendo un cañón de veinticuatro, que Jackson, su viejo conocido, le confió. D. Juan Pablo Anaya también se halló en aquel hecho de armas, y es muy probable que Bean lo haya recomendado a Jackson, dada la amistad que con éste llevaba. En aquel tiempo, díjose que el general Jackson, agradecido por los buenos servicios de Anaya, le ofreció armas para México, lo que no

---

(1) Op. cit., Vol. I, p. 191.

(2) Op. cit., Vol. I, p. 448.

(3) Op. cit., Vol. I, p. 449.



pasó de mero ofrecimiento, pues éste, como es bien sabido, volvió al país a fines de 1815, y no trajo ni un fusil ni un grano de pólvora; pero sí al aventurero Dr. don Juan Hamilton Robinson, hombre de ciencia según algunos historiadores, pero también inútil y embustero. Como se recordará, en otro lugar dijimos que este doctor estuvo preso en Santa Fe de Nuevo México en 1806.

Bean sí trajo armas y municiones, y esto se ignoraba. Concluída la batalla de Nueva Orleans, informó pormenorizadamente a Jackson de cómo se habían portado en ese día los piratas de Barataria. Ello valió a Lafitte el perdón de sus pasadas fechorías; y muy agradecido por los informes que de él dió Bean, y esperando obtener mayores beneficios por su conducto, puso luego a su disposición una de sus mejores goletas, para que en ella embarcase las armas y municiones que había comprado y las transportase a Nautla.

No hay duda, dice el historiador Yoakum, de que Bean dió a Lafitte una patente de Corso, pero lo que se ignora es si se la dió antes o después de la batalla de Nueva Orleans. Asimismo se sabe, por cartas de Bean, que más tarde el Congreso confirmó a Lafitte el cargo que Bean le dió. (1)

Este salió de Nueva Orleans y desembarcó en Nautla, no sin haber apresado en el camino a una goleta, que con un cargamento de harina y maíz había salido de Tampico con destino a Veracruz. En Nautla armó a cuantos hombres pudo, dió a un tal Villapinta el mando de la costa, y con sólo seis hombres se puso en marcha para Puruarán. Allí se vió con el general Morelos, y le informó de cómo había llegado a los Estados Unidos y lo que había hecho. Pero ya su destino era no tener reposo.

En julio de aquel año, el Congreso decidió enviar un embajador a los Estados Unidos, y fué designado para ese cargo el doctor don José Manuel de Herrera, quien llevó como secretario a D. Cornelio Ortiz de Zárate, y como capellán al padre Ponz. También fueron con él, D. Francisco Antonio Peredo, el niño Juan Nepomuceno Almonte, hijo del gran caudillo, Pedro Elías Bean y algunos jóvenes oficiales que iban a hacer estudios militares.

Por lo que a Bean se refiere, Morelos en sus declaraciones dijo, que se le había habilitado con seis mil pesos, "a más de otros mil que se le dieron para el camino, siendo el concierto que se hizo con él de autorizarlo para el Corso, y que agregando él seis mil pesos a los seis que aquí se le daban, se habilitaría con un Barco y de las presas que hiciese daría la mitad al Congreso, a más del casco de los Buques, y su armamento, que lo cedería por entero..."

El, en sus Memorias, sólo dice que "Veinticinco mil pesos fué todo lo que pudo reunirse para el objeto," es decir, para gastos de la comisión.

---

(1) Cartas de Bean a su medto hermano el Cap. W. Shaw, MS. Yoakum. Hist. de Texas, Vol. I, p. 192.

A fin de no hacer más extenso este trabajo, no nos detendremos a referir todo lo que D. Manuel de Herrera y sus acompañantes hicieron en Nueva Orleans, en otra ocasión lo haremos detenidamente, y por ahora sólo diremos que Bean volvió a México a fines de 1816. Pasó luego a Tehuacán, donde se puso al habla con D. Manuel de Mier y Terán, quien le enteró de la derrota y prisión de D. Melchor Múzquiz en Monte Blanco. Salió de Tehuacán y se dirigió a Huatusco a recoger mil cuatrocientos pesos que allí había dejado guardados, y, hecho esto, fué a buscar a D. Guadalupe Victoria, al que halló en un lugar no muy distante de Veracruz. "Llevé conmigo —dice— a una joven de muy buena familia, que en la revolución había perdido todos sus bienes. (1) En el camino, en un pequeño pueblo, nos casamos, pues mi intención era que nos embarcásemos para los Estados Unidos... Fatigadas mis mulas, nos detuvimos en una hacienda. Al día siguiente llegó el General Victoria acompañado de cuatro hombres solamente. Había sido derrotado por los realistas, e iba en retirada. Estaba desprovisto, en lo absoluto, de fondos: no tenía un solo peso. Díjeme cuánto tenía yo, y le propuse que nos uniésemos e hiciésemos un nuevo esfuerzo. Dijo que no valía la pena; que la gente estaba desanimada, y que era mejor ocultarse en un sitio apartado y esperar a que se presentase una oportunidad. Quiso que lo acompañase; pero yo no pensaba esconderme. Por otra parte, los mismos que me llevarán provisiones me entregarán al enemigo.

"Díjeme que iba a enviar a mi esposa con su tío a Jalapa, y emprender por tierra el viaje a los Estados Unidos, aun cuando en hacerlo emplease dos años; que lo haría yéndome por las montañas a lo largo de la costa, a pie y ateniéndome a la caza como único medio de subsistencia. El General Victoria dijo que él no podía hacerlo. A la mañana siguiente me dejó y fue a internarse en las montañas, cerca de Córdoba, donde permaneció viviendo como ermitaño." (2)

Bean, pues, quedóse con su esposa en la hacienda. A otro día llegaron a buscarlo cien realistas. Cuando entraron, estaba con su esposa en el patio; algunos hombres que tenía a su servicio, andaban juntando las mulas que cargaban su equipaje. Apresuradamente tomó su pistola y su espada, y, sabiendo que a su esposa no le harían daño, huyó a la falda de un cerro cercano a la hacienda. Trepó a un peñasco, y desde allí, dice tristemente, "vi a los realistas apoderarse de mis caballos y mulas, y de la carne de buey, que sobre una cuerda había puesto a secar. Cargaron con todo mi bagaje y dinero; excepto doscientos doblones que mi esposa salvó, cuando yendo por agua los enterró en la arena." (3)

---

(1) El historiador Yoakum dice que ella se llamaba Ana Gorthas, y que residía en su hacienda, llamada Braderillas; pero creemos que hay en esto un error, y que su verdadero nombre era Ana Godos, y el de su hacienda, la Banderilla.

(2) Memorias. Yoakum. Hist. de Tex., Vol. I, p. 251.

(3) Op. cit., Vol., I, p. 451.

Ignórase cómo salió de tan angustioso apuro; pero se sabe que llegó sano y salvo a los Estados Unidos, y que en la primavera del año 1818 estuvo a visitar a su medio hermano el capitán William Shaw que vivía en el condado de White, Tennessee.

*Vuelve a México.—Su actuación en Texas.—Su muerte.*

Bean permaneció algún tiempo en Tennessee, y luego emigró a un lugar llamado "Smackover Creek," en Arkansas, donde se dedicó a la cría de ganado. Tres años o poco menos estuvo allí, y tan luego como supo que México había consumado su independencia, pasó a Texas y se estableció en un lugar conocido con el nombre de Pradera Mound, cerca de Nacogdoches, en la colonia de Hayden Edwards. Por los servicios que había prestado a la nación, el gobierno le dió en propiedad "una legua de tierra, incluyendo su residencia". (1)

Allí vivió tranquilo hasta el verano de 1825, en que hizo viaje a esta ciudad de México, a la que llegó el 18 de octubre. Nueve meses estuvo aquí donde tantos viejos compañeros de armas tenía, y cuando el 21 de julio de 1826 regresó a Texas, llevó su despacho de Coronel del ejército y treinta y cinco hombres de tropa. (2)

Muy mal andaban las cosas en Nacogdoches y sus alrededores cuando él llegó allá en los primeros días de diciembre. Hayden Edwards, después de haber organizado la milicia para su colonia, propuso la elección de un alcalde. Habíanse formado dos partidos: el de los norteamericanos y el de los mexicanos. El candidato de los primeros era un tal Chaplin, pariente de Edwards, y el de los segundos, Samuel Norris. Habiendo resultado electo Chaplin, Sepúlveda, alcalde saliente, alegó que la votación había sido fraudulenta, pues habían votado individuos no residentes en la colonia.

Unos y otros llevaron su queja a Saucedo, jefe político de San Antonio; y éste, considerando irrespetuosa la de Edwards, dióle toda la razón a Norris, quien, no obstante las protestas de los partidarios de Edwards y Chaplin, desde luego tomó posesión como alcalde de Nacogdoches. Poco después empezaron para los norteamericanos las dificultades; se les perseguía, se les acusaba, y todo porque el alcalde tenía el apoyo de Saucedo.

En el verano de 1826, Hayden Edwards pasó a los Estados Unidos dejando a su hermano Benjamín al cuidado de los asuntos de la colonia; y éste, por consejo de Esteban Austin, envió al gobernador de Coahuila, el 5 de septiembre de aquel año, un informe detallado de la situación que prevalecía en la colonia y de lo que se hacía con sus moradores. Pero el gobernador contestó a Benjamín, el 2 de octubre, anulando el con-

---

(1) Memorias del Cap. William Shaw, MS. Yoakum, Hist. de Tex., Vol. I, p. 236.

(2) Yoakum. Op. cit., Vol. I, p. 246.

trato de Hayden y declarando su expulsión del territorio de la República. Irritados los norteamericanos por lo que consideraban una injusticia, se amotinaron, depusieron al alcalde Norris, y nombraron a otro en su lugar.

El 13 de diciembre, Hayden, que había vuelto ya, y su hermano Benjamín, salieron a recorrer la colonia sublevando a los habitantes de ella en favor de la independencia texana. Cuando pasaron el río Atoyac, les dijeron que tropas mexicanas se acercaban a Nacogdoches; y apresuradamente prepararon una bandera y se dirigieron a éste pueblo, al que Benjamín entró la mañana del 16 de diciembre, con sólo treinta y cinco hombres, al grito de: "Libertad e Independencia."

Allí supieron que el enemigo que se acercaba era el coronel Bean con treinta y cinco hombres. Pero éste, no queriendo exponerse a una derrota, retrocedió hasta el Trinidad para esperar allí refuerzos. (1)

Cuatro días después, se reunían en Nacogdoches John Hunter y Richard Fields en representación de los indios, y Hayden Edwards y Harmon B. Mayo en la de los norteamericanos, para firmar un tratado de alianza contra México, y hacer la guerra hasta conseguir la independencia de Texas. Obtenida ésta, se dividirían la tierra blancos e indios.

El 21 de diciembre se firmó dicho tratado, e inmediatamente enviaron proclamas a la colonia de Austin y a Natchitoches, para conseguir voluntarios. Pero Austin no sólo rehusó ayudarlos, sino que, el 22 de enero de 1827, lanzó una proclama en la que condenaba aquellos desórdenes y llamaba a los rebeldes "locos de Nacogdoches." Tampoco de Natchitoches recibieron ayuda, pues el que allá llevó la proclama fué a desprestigiar el movimiento.

En cuanto a Bean, así que hubo se enterado de la alianza entre colonos e indios, despachó gente de su confianza a hablar con éstos; y a su influencia, tacto y prudencia se debió que se separaran de los blancos, y no sólo, sino que se unieran a las tropas, que al mando del coronel Mateo Ahumada, salieron de San Antonio de Béjar a fines de diciembre.

Cuando los rebeldes, que ya habían derrotado al ex alcalde Norris el día 4 de este mes, supieron que Ahumada se acercaba a Nacogdoches con fuerzas respetables, enviaron emisarios a los indios de "Aes bayou;" pero se encontraron con que éstos ya estaban con los mexicanos, y al verse sin auxilios, el 27 de enero se desbandaron, terminando en esta forma la llamada guerra de Fredonia. Hunter y Fields, que se guardaron fieles a sus compromisos con los indios, murieron a manos de éstos. (2)

(1) Foot. "Texas and the Texans." Vol. I, p. 251. Yoakum. Hist. de Tex., Vol. I, p. 246.

(2) El 20 de marzo de 1827, decía Bean al general Bustamante: "S. E. tuvo la noticia de la muerte del cabecilla Filds por su misma gente, según me habían prometido, y quedaron comprometidos a matar a Hunter, lo que han verificado: ahora tengo quitados estos dos cabecillas y me trajeron la bandera de Filds, y yo la dí al señor Ahumada para que la remita a V. E." ("El Sol," de la ciudad de México, 20 de abril de 1827.)

El servicio que Bean prestó al país, ganándose en aquella ocasión a los indios, fué grande si se consideran los males que aquella alianza hubiera acarreado; así lo comprendió el Gobierno, que recompensó a John Williams, a Elliot y otros agentes de Bean que lo ayudaron a echar abajo aquel tratado, dando a cada uno de ellos una legua de tierra. (1)

\* \* \*

Después de lo que llevamos referido, Bean permaneció en Nacogdoches, siempre en contacto con los indios. En el interesantísimo "Viaje a Texas" del teniente de artillería D. José María Sánchez, dibujante de la comisión de límites que encabezó el culto y ameritado general D. Manuel de Mier y Terán, publicado por la Secretaría de Guerra y Marina en 1926, hallamos que su autor, refiriéndose a la tribu de los cherokees, dice: "Una prueba ciertísima de su ilustración es la junta que celebraron en su pueblo a principios de julio de este año (1828), a la que fueron llamados los jefes de las demás tribus pacíficas, celebrándose acto tan serio en los términos siguientes: (da aquí algunos detalles que, aunque muy curiosos, omitimos), y luego dice:

"...el mismo juez político pronunció el siguiente discurso: En este lugar nos hemos juntado diferentes tribus para formar un tratado de amistad y dar honor a los jóvenes colorados de nuestros pueblos: hace veinte lunas que hemos fumado la pipa de amistad con nuestros hermanos mexicanos, y deseamos que siempre seamos una misma gente y tengamos los mismos pensamientos, como nuestros hermanos mexicanos, y no hemos de faltar a nuestras palabras, aunque somos unos hombres colorados, porque hablamos verdad. El capitán Bean doce lunas pasadas fue con los tahuácanos y huecos, para hacer la paz, y fumó la pipa de amistad con ellos por los mexicanos, y también llevó cuentas y tabaco de nosotros y chupó en nuestro nombre la pipa de paz y cuando él volvió y nos lo dijo nuestros corazones estaban contentos"... Un indio llamado Pierna Negra, dijo: "...Yo estaba en Nacogdoches y vi al capitán grande (el señor Terán) que ha venido a darnos tierras; y es verdad todo lo que Bean nos dijo, que es padre de los colorados y habla la verdad." (2)

\* \* \*

A principios de 1828, Bean pidió al gobierno de Coahuila y Texas, le concediera los terrenos que habían pertenecido a Hayden Edwards. Su solicitud fué atendida y recomendada al gobierno del centro, quien después de estudiarla la aprobó. El día 7 de mayo de ese mismo año, D. Lorenzo de Zavala, a la sazón Gobernador del Estado de México, pi-

---

(1) Yoakum. Op. cit., Vol. I, p. 250.

(2) Op. cit., pp. 107 y 108.

dió los mismos terrenos al gobierno de Coahuila, y éste recomendó la instancia de Zavala, como antes había recomendado la del coronel Bean. Este tenía entonces, ignoramos por qué motivo, causa pendiente en la Secretaría de Guerra, razón por la que, la de Relaciones decretó, el 2 de junio de 1828, "que se esperase el informe que se tenía pedido a la Secretaría de Guerra, sobre la causa de Bean." (1) Y poco después acordó se preguntara al gobierno de Coahuila, "por qué al reconocer la solicitud del Sr. Zavala, no se hace depender el resultado de la resolución que se tomará sobre la del coronel Pedro Elías Bean, a quien estaban concedidos con anterioridad los terrenos que pide el Sr. Zavala." (2)

El 11 de junio contestó el ejecutivo de Coahuila, "que la recomendación que hizo de la instancia del Sr. Zavala, fué en el concepto de que se revocara la concesión hecha en favor de Bean por tener causa pendiente," agregando que "a Bean podían remunerarse los servicios que hubiera prestado, concediéndosele el dominio particular de terrenos hasta el mácsimun que permite la ley." (3)

Así estaba el negocio, cuando el representante de Zavala, el Lic. don Rafael Delgado, urgió al gobierno de Coahuila la resolución del expediente; y la Secretaría de Relaciones, con fecha de 27 de septiembre, contestó que, "puesto que la causa pendiente contra Bean no era motivo bastante para revocar el acuerdo por el cual se aprobó su solicitud, no podía el gobierno hacer dicha revocación sin más sólidos fundamentos." (4)

"Se agitó el despacho de este negocio ante el supremo gobierno —dice D. José Ma. de Bocanegra— y de un modo exigente se pidió la final resolución el 27 de diciembre de dicho año por el licenciado D. Rafael Delgado, apoderado del Sr. Zavala. Me tocó ser el órgano y conducto de la determinación suprema de este asunto, que estaba pendiente y afectaba muchos y muy grandes intereses, y particularmente los del Sr. Zavala, que acababa de triunfar en el movimiento de la Acordada, y se presentaba por lo mismo ya no sólo por sus anteriores méritos, servicios y patriotismo, sino como vencedor por las circunstancias que le eran en efecto favorables y a sus miras e intenciones; sin embargo, no faltó valor al ministro para acordar respuesta como era justo, y se explica en los términos siguientes:

"Exmo. Sr.—Resultado del expediente promovido por el coronel D. Pedro Elías Bean sobre colonización de terrenos de ese Estado que no llegó a ser dueño, ni a poseer legítimamente, el que pretendió con posterioridad, el señor gobernador del Estado de México D. Lorenzo de Za-

---

(1) Suárez y Navarro. Hist. de México y del Gral. A. L. de Santa-Anna, p. 395.

(2) Op. cit., p. 395.

(3) Op. cit., p. 395.

(4) Op. cit., p. 395.

vala; y atendiendo a que el supremo gobierno, solo manifestó su decisión con arreglo a la ley de la materia al aprobar la solicitud del expresado Bean sin tocar en manera alguna lo que corresponde a ese Estado, el Exmo. Sr. presidente se ha servido resolver la aprobación de la propiedad concedida por ese gobierno al expresado Sr. Zavala, por lo que respecta a su persona con preferencia a Bean; pero en cuanto a las condiciones y términos en que se acordare la cesión, se reserva el supremo gobierno su juicio para el caso en que ajustadas las capitulaciones de la colonización, se le de por V. E. aviso y conocimiento de lo que se conviniere. Asimismo ha dispuesto S. E. que en atención a los servicios del coronel Bean, y el amor que siempre ha acreditado a la república, se recomiende a V. E. muy especialmente para que lo atienda en la concesión de algún otro terreno a que pueda aspirar, cuando cesen las dificultades que hasta aquí ha tenido por sus asuntos particulares.—Y tengo el honor de comunicarlo a V. E. para los fines consiguientes y en la inteligencia de que el interesado deberá arreglarse a la ley general de colonización de 18 de agosto de 1824 y a las órdenes de esta secretaría sobre naturaleza de las familias que se introduzcan a las nuevas colonias.—Dios, etc. Febrero 10 de 1829.—(Firmado) *Bocanegra*.—Exmo. Sr. gobernador del Estado de Coahuila y Texas." (1)

Revocada, pues, injustamente, la concesión hecha a Bean, y otorgada ésta a Zavala, aquél fué nombrado agente del Gobierno cerca de las diferentes tribus indias que poblaban Texas, puesto que desempeñó con habilidad procurando su unificación en favor de México. (2)

En 1832 se le dió el mando del destacamento que guarnecía el fuerte Terán, junto al río Neches; (3) y un año después fué nombrado Comandante militar de Nacogdoches, en substitución del coronel D. José de las Piedras. Estando allí, dirigió a Samuel Houston la carta que, traducida al castellano, ponemos a continuación, y cuya lectura hizo pensar al historiador Yoakum, que Bean simpatizaba con los separatistas texanos. He aquí la carta: (4)

"4 de Febrero de 1833

"Del Comandante de Nacogdoches.

"Como parece ser que los ciudadanos de esta región, desean que Ud. sea miembro del comité (se refiere a la convención de 1833) para

---

(1) Bocanegra. Memorias para la Historia de México Independiente, 1822-1846. I. I., pp. 544 a 545.

(2) Foot. "Texas and the Texans." Vol. I, Cap. XIII, p. 297.

(3) Yoakum. Hist. de Tex., Vol. I, p. 327.

(4) Op. cit., Vol. II, p. 130.

convertir esta parte oriental en un estado —gobernado antes por Coahuila—, yo me siento deseoso de apoyar a Ud. hasta donde mis deberes militares me lo permitan.—Su obediente servidor, *E. P. Bean*.—General Houston.

Cuando en la primavera de 1834, el coronel D. Juan Nepomuceno Almonte fué enviado por el gobierno a Texas para que informara detalladamente sobre las condiciones físicas y morales de tan apartados lugares, pasó mucho del tiempo que le dejaban libre sus quehaceres, en compañía de Bean, viejo amigo suyo que también lo había sido de su ilustre padre.

Parece ser que antes de que principiase la guerra de Texas, Bean dejó la comandancia de Nacogdoches, aunque siguió como miembro del ejército, sin comisión, pues se tiene noticia de que en 1835 él mismo pidió a los texanos que lo arrestasen para así no recibir sueldo del gobierno mexicano.

En abril de 1836 se le acusó de estar en correspondencia con el gobierno de México. Por ello fué arrestado, y aun cuando no pudieron hallarse pruebas definitivas en su contra, permaneció detenido y vigilado, en calidad de "oficial mexicano y aliado de la república." (1) Pero cuando nuestras tropas abandonaron definitivamente aquellas tierras, fué puesto en libertad, y para no vivir entre los enemigos de su segunda patria, vino al Estado de Veracruz, donde otrora, joven y lleno de entusiasmo había trabajado por nuestra independencia, y allí, a tres millas de la bella ciudad de Jalapa, en una hacienda propiedad de su esposa, cerró para siempre los ojos a las cosas de este mundo, el día 3 de octubre de 1846, a los 63 años de edad. (2)

## BIBLIOTECA NAL. DE ANTROPI E HISTORIA

---

(1) Ob. cit., Vol. II, p. 129.

(2) Ob. cit., Vol. I, p. 452.



